

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

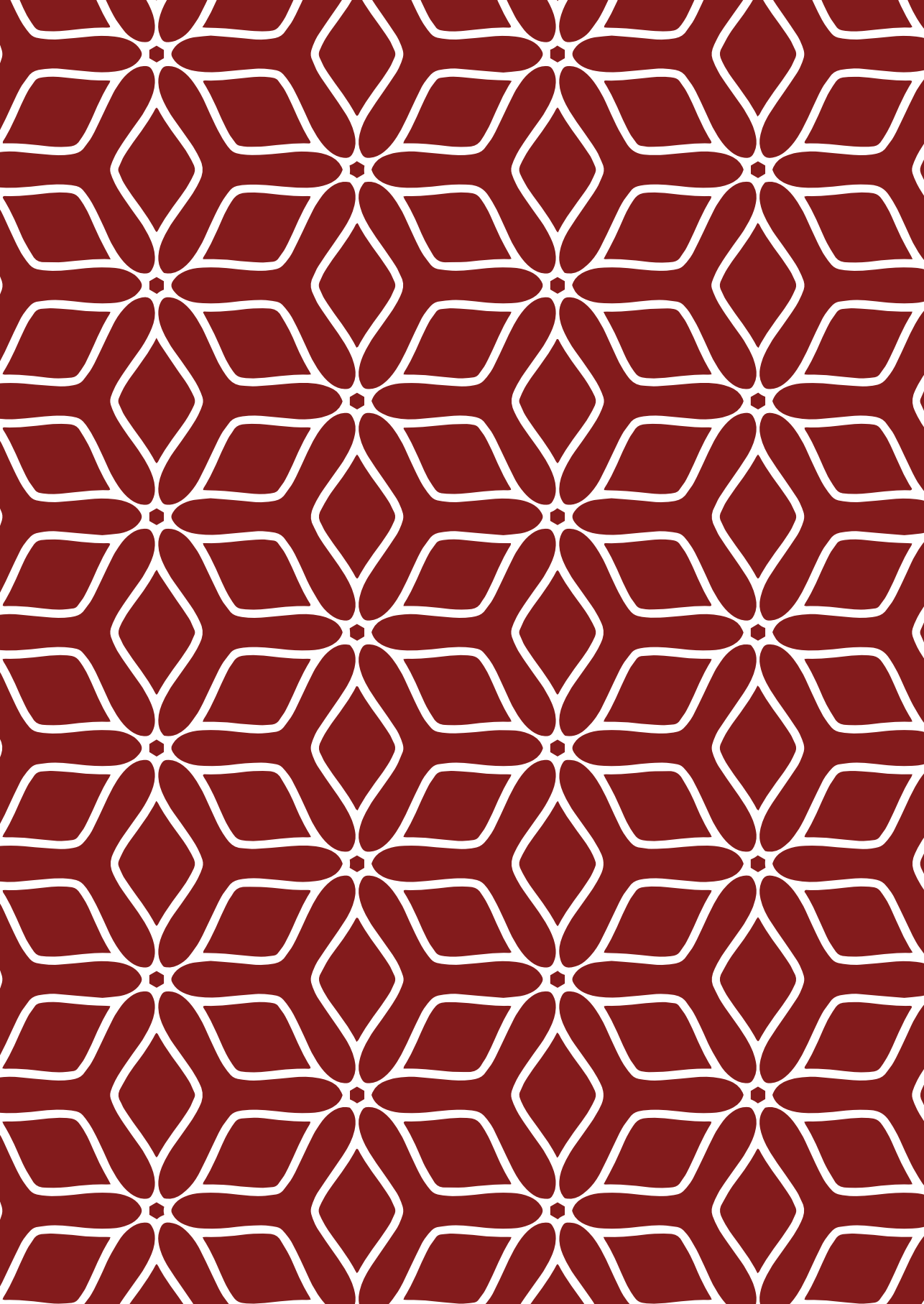
EL DESAFÍO DE LA FRATERNIDAD
REFLEXIÓN Y TESTIMONIO

HERMANO LÉON LAURAIRE, FSC

La  Salle

CUADERNOS MEL

56



El desafío de la Fraternidad Reflexión y Testimonio

Hermano Léon Lauraire, FSC

Caluire, Francia
(Con ocasión del tricentenario de la muerte de
San Juan Bautista de La Salle:
30 de abril de 1651 — 7 abril de 1719)



**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

CUADERNOS MEL N. 56 - Marzo 2021
Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas
Secretariado de Asociación y Misión

Editor: Hno. Nestor Anaya, FSC
nanaya@lasalle.org

Coordinación Editorial:
Sra. Ilaria Iadeluca - Hno. Alexander González, FSC
comunicazione@lasalle.org

Maquetación: Sr. Luigi Cerchi
lcerchi@lasalle.org

Traducción: Hno. José Martínez, FSC

Servicio de Comunicaciones y Tecnología
Casa Generalicia, Roma, Italia



INTRODUCCIÓN

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas tiene previsto publicar una “Declaración sobre la Pedagogía Lasaliana”. Esta práctica no es nueva: se ha repetido en diversas ocasiones desde hace 300 años, aprovechando la celebración de ciertos Capítulos Generales y se concretizó en las sucesivas ediciones de la Guía de las Escuelas desde 1720 a 1916.

En el contexto cultural, social y científico actual, dicha Declaración parece necesaria e incluso urgente. Tan importante como su contenido, lo es también el proceso para lograrlo. Grupos de educadoras y educadores de la Red Lasaliana han trabajado ya sobre diversos temas. Las aportaciones de esos grupos serán comunicados a la Asamblea Internacional de la Misión Educativa Lasaliana (AIMEL), tras el próximo Capítulo General de los Hermanos en 2021. Así pues, la Declaración final provendrá de las dos instancias supremas de decisión de la Red Lasaliana. De tal modo, los delegados y delegadas de esas dos asambleas estarán asociados al proceso de elaboración de dicha Declaración. Tal es la práctica tradicional del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas desde su origen.

También desde un principio, los Hermanos, en diálogo con Juan Bautista de La Salle, no se contentaron con proponer contenidos y métodos de enseñanza: quisieron darles una finalidad y un espíritu particulares: el de la FRATERNIDAD. Resulta pues oportuno releer brevemente la historia del Instituto para recordar cómo nació y continúa manifestándose este espíritu de fraternidad en la Red Lasaliana. Al recuerdo histórico se añadirán algunos elementos de testimonio personal sobre la vitalidad de esta fraternidad en todo el mundo, justamente cuando los lasalianos están conmemorando el tricentenario de la muerte de san Juan Bautista de La Salle.

El mundo, tal como es a principios del siglo XXI, tiene gran necesidad de educadores y educadoras comprometidos en la promoción de la fraternidad humana universal. Elementos de división y de violencia están siempre actuando en las sociedades actuales. La educación de los jóvenes puede contribuir a atenuarlos y a superarlos.

Vivir la fraternidad en la escuela con el fin de llegar a ser los artífices de la sociedad: tal es la utopía educativa de las lasalianas y los lasalianos.

Caluire, 15 de agosto de 2019
Hermano Léon Lauraire

A. LA ELECCIÓN DE LA FRATERNIDAD

A1. 1682: El acontecimiento fundador

Los tres primeros biógrafos de san Juan Bautista de La Salle – Bernard, Maillefer, Blain – consideran como muy importante la Asamblea de los Hermanos, decidida por el Fundador y que tuvo lugar en 1682. En ella debían resolverse tres aspectos de la vida de los Hermanos

- a. Establecer un reglamento para organizar la vida común de los maestros que iban a vivir como religiosos.
- b. Adoptar un hábito particular y adaptar la práctica de la enseñanza con el fin de identificar a los Hermanos en la sociedad de su época.
- c. Elegir un nombre para el nuevo Instituto, (que con frecuencia se seguía llamando “comunidad”)

El tercer punto es el que nos interesa. Recordemos, primeramente, lo que escriben los tres biógrafos con relación a esta asamblea:

“El cambio de hábito introdujo el cambio de nombre. Adoptaron el de Hermanos de las Escuelas Cristianas, como el conveniente, y dejaron el de Maestros de escuela a los que ejercen tal función en provecho propio. La humildad y la caridad no se acomodaban a este nombre. Jamás había convenido a personas que hacían profesión de no regentar las escuelas sino para hacer reinar en ellas a Jesucristo y enseñar gratuitamente la doctrina cristiana. Si había sido soportable hasta ese momento en una casa donde la uniformidad y la igualdad en todas las cosas no habían podido unir a personas vacilantes en su vocación, ya no lo era desde que se habían reunido para formar un solo cuerpo. En consecuencia, les pertenecía el título de Hermanos, que la naturaleza da a los hijos que tienen la misma sangre y el mismo padre en la tierra, y que la caridad adopta para aquellos que tienen el mismo espíritu y el mismo Padre en el Cielo.

De esta manera, el atributo de Hermano de las Escuelas Cristianas y Gratuitas se convirtió en el título de los hijos de Juan Bautista de La Salle, y en adelante, no les daremos otro nombre. Esta denominación es cabal porque contiene la definición de su estado y señala los oficios de su vocación. Este nombre les enseña que la caridad, que dio nacimiento a su Instituto, debe ser su alma y vida; ella debe presidir

todas sus deliberaciones y dar forma a todos sus proyectos; ella debe ponerlos en práctica y en acción, y debe regular todos sus pasos, y animar todas sus palabras y trabajos. Este nombre les enseña cuál es la excelencia de su oficio, la dignidad de su estado, y la santidad de su profesión. Les dice que los Hermanos, entre ellos, se deben manifestar recíprocamente una amistad tierna, pero espiritual; y deben considerarse como los hermanos mayores de los que vienen a recibir sus lecciones. Deben ejercer este ministerio de caridad con un corazón caritativo”. (CL 7 p. 241).

El canónigo Blain había podido observar el trabajo educativo de los Hermanos en la Casa de Saint Yon, al servicio de los jóvenes en situación difícil. Pudo hablar con unos y otros – Hermanos y jóvenes – puesto que él era el capellán de la Casa. Durante los últimos años de la vida de Juan Bautista de La Salle, había conversado con él. Pero es sorprendente constatar, en el pasaje que acabamos de citar, hasta qué punto supo percibir el espíritu y el alma de la Escuela Lasaliana. En las últimas líneas, pone muy de manifiesto lo esencial de esa “Pedagogía de la Fraternidad”.

1. El poder de las palabras

Esa es la razón del porqué es importante reflexionar sobre el nombre elegido colectivamente para referirse al nuevo instituto: tres palabras importantes que suscitan el comentario.

- a. **Hermanos:** Es la fraternidad lo que debe caracterizar el lenguaje, los comportamientos y las relaciones de esos maestros de escuela. Una fraternidad fundada sobre la naturaleza de la persona humana y sobre el Evangelio. Fraternidad que el Fundador detallará en la Regla de los Hermanos y en las numerosas Meditaciones escritas con esa intención. Podríamos multiplicar las citas. Una fraternidad que supera el círculo de la comunidad religiosa para extenderse a todos los miembros de la comunidad educativa y, en primer lugar, a los educandos y a sus familias. Fraternidad que permite al educador “ganar los corazones”, expresión característica que encontramos 22 veces en los escritos de Juan Bautista de La Salle. La pedagogía lasaliana es ante todo una “pedagogía del corazón”. Más adelante podremos ver sus principales características.

- b. Escuelas:** En el pensamiento de san Juan Bautista de La Salle, este término tenía un sentido genérico. Aludía a la enseñanza en general, a todos los niveles. La prueba es que diversificó las instituciones educativas de las que tuvo la responsabilidad: escuelas primarias ordinarias, escuelas dominicales para aprendices, curso particular para jóvenes irlandeses inmigrados, aceptación de jóvenes obreros o aprendices en las lecciones de catecismo de los domingos y las fiestas, cursos especiales para los hijos de los marineros en las ciudades portuarias, seminarios de maestros rurales, y sobre todo Pensionado en Saint Yon para los hijos de los empleados del comercio y para jóvenes delincuentes.
- c. Cristianas:** En el siglo XVII, este calificativo debía parecer muy paradójico, pues todo el sistema educativo francés se encontraba bajo la responsabilidad y el control de las Iglesias: la católica y la protestante. Por definición, eran cristianas. Además, La Salle precisará en sus escritos lo que él entendía por “escuelas cristianas” y lo que las diferenciaba de las demás. Después del Concilio de Trento (1545.1563), lo mínimo que se exigía de las escuelas primarias para el pueblo era aprender a leer para poder estudiar el catecismo, es decir, lo esencial de la doctrina cristiana: era el mínimo necesario para poder salvarse... Pero La Salle quería que sus escuelas formasen “verdaderos cristianos”, es decir, practicantes asiduos, comprometidos, activos en la iglesia local, guiados por los valores evangélicos. De ese modo podrían librarse de los errores de las supersticiones, de las herejías, de la hechicería, del libertinaje... Era un objetivo ambicioso y exigente.
- d. Gratuitas:** Blain añade este calificativo al final del nombre del Instituto. Al parecer, tal fue la costumbre durante los primeros años. Por otra parte, el Fundador escribió en dos ocasiones que “eso era esencial para el Instituto”. Lo cual le valió no pocos sinsabores con los maestros de las Escuelas Menores, no porque aceptase gratuitamente a pobres – como lo hacían las escuelas de caridad en las parroquias – sino porque también aceptaba gratuitamente alumnos más acomodados que habrían podido pagar una cuota escolar. Haciendo esto, privaba a los maestros de las Escuelas Menores de una parte de su clientela, y en consecuencia de sus ganancias... La Salle no lo hacía por una ganancia económica, sino porque, según decía, el Evangelio debe ser enseñado gratuitamente a **TODOS**.

“Hermanos de las Escuelas Cristianas”: Lo que puede sorprendernos en el nombre del Instituto es la ausencia de referencia a algún santo o santa, o incluso a alguna de las personas de la Santa Trinidad, como era el caso de muchas órdenes o congregaciones. Pero, tampoco era una excepción, aun en el siglo XVII: san Vicente de Paul acababa de fundar los “Sacerdotes de la Misión” y las “Hijas de la Caridad”. La Salle y los primeros Hermanos se pusieron de acuerdo para adoptar un nombre que definía su identidad en consonancia con sus relaciones y su ministerio. Eso otorgaba un valor importante y un elemento de identidad a la actividad profesional: la tarea educativa. Algunos años más tarde, el Fundador formulará eso mismo de varias maneras. Basta con retomar algunas de esas expresiones: “no hacer ninguna diferencia entre los deberes de su estado y los de su empleo”; “los ejercicios de la comunidad y el empleo de la escuela exigen un hombre en su totalidad”; “esta Comunidad, ordinariamente, se nombra como la Comunidad de las Escuelas Cristianas”.

A2. Una ruptura necesaria

No cabe duda que al elegir su nombre, La Salle y los primeros Hermanos ya tenían una idea de la manera como concebían sus escuelas, para que llegasen a ser un lugar de educación para la fraternidad. Pero necesitarían tiempo para poner en funcionamiento ese modelo.

Se encontraban en un entorno escolar que ya poseía sus prácticas pedagógicas y su organización. Lo cual no parecía en absoluto estar pensado para ser un hogar de fraternidad. Poco a poco, la Escuela Lasaliana debería marcar su diferencia con respecto al modelo de las Escuelas Menores. Un sencillo cuadro comparativo permite apreciar la importancia de esos cambios.

Las Escuelas Menores	Las Escuelas Menores
1. El alumnado	
Escuelas elementales para el Tercer Estado. La Nobleza y la Burguesía tenían un sistema escolar particular: los colegios. Existía una especie de segregación. Sólo las clases acomodadas acudían a ellos, pues eran de pago. Los pobres iban a las escuelas de caridad.	Escuela abierta a todas las categorías, pero sólo los niños de las clases populares acudían a ellas salvo muy raras excepciones. Pero la escuela estaba “abierta a todos”. La gratuidad permitía acoger a todo el mundo.
2. Los locales escolares	
Frecuentemente locales improvisados, poco adaptados y poco equipados. Una sala única para un trabajo individual: maestro-alumno.	Escuelas con varias clases (3 al ser posible) cada una podía acoger a la vez 50 o 60 alumnos con un nivel bastante homogéneo. Un capítulo de la Guía detalla todo ello desde 1720.
3. Finalidades y Objetivos	
Según el Concilio de Trento: Leer y estudiar el catecismo. La Urbanidad, si fuera posible.	3 finalidades: Formar buenos ciudadanos, buenos trabajadores para tareas de escritura, verdaderos cristianos.
4. Sistema de enseñanza	
Sistema individual generalizado. En lengua latina.	Modo Simultáneo completado con actividades mutuas y en francés.
5. Métodos de enseñanza	
Repetición. Ensayo y error.	Repetición. Ensayo y error. Razonamiento. Método Socrático por preguntas. Uso de monitores cercano al Modo Mutuo. Explicaciones magistrales en el catecismo.

6. Herramientas pedagógicas	
Elementos personales del alumno: ¿lo necesario para escribir?	Libro para cada tipo de lección. Lo necesario para escribir. Paneles del alfabeto y cartel del silabario. Ejemplares de textos manuscritos. Pizarra, tinteros y tinta.
7. Disciplina en la clase	
Difícil de mantener. Disciplina represiva. Uso de los castigos corporales tradicionales en la enseñanza	Silencio general. Orden en todo. Vigilancia del maestro. Ayuda de los “oficiales”. Motivación y emulación en el trabajo. Recompensas regulares. Desarrollo de la interioridad.
8. Relaciones en la clase	
Casi inexistentes para poder mantener el orden: relaciones punitivas. Relaciones de trabajo individualizadas.	Relaciones personalizadas maestro-alumno. Relaciones de trabajo mediante los “signos”. Relaciones entre alumnos reglamentadas.
9. Evaluación del trabajo	
Evaluación individual según los progresos de cada alumno.	Evaluación inmediata durante los ejercicios. Evaluación mensual para todos por nivel y por lección. Mantenimiento al día de los catálogos.
10. Requisitos para los maestros.	
Ausencia de formación inicial. Concurso individual de contratación ante un jurado eclesiástico. Trabajo aislado del maestro. Acompañamiento muy restringido. Condiciones de trabajo mediocres.	Formación en el noviciado y acompañamiento por un maestro bien formado. Ayuda constante del Inspector de la escuela. Trabajo en equipo y ayuda mutua, formación continua anual mediante el retiro en comunidad. Reemplazo en caso de enfermedad. Lectura de la Guía de las Escuelas. Movilidad posible. Trabajo en asociación.

Este breve repaso general de los elementos constitutivos de la escuela indica claramente que las Escuelas Menores del siglo XVII no estaban pensadas para educar en la fraternidad. No era ésa su finalidad y no estaban organizadas para ello. En consecuencia, no podían convenir al proyecto educativo de Juan Bautista de La Salle y de los primeros “Hermanos” de las Escuelas Cristianas, cuando tomaron conciencia de lo que ellos vivían en comunidad y que querían transmitir a sus alumnos.

La ruptura con el modelo de escuela existente era inevitable. El cuadro anterior muestra claramente que la ruptura era irreversible. Sin embargo, la misma no debía olvidarse del entorno socio-económico en el cual se desarrollaba: el siglo XVIII experimentó un fuerte desarrollo del sector secundario y del sector terciario de la sociedad. La Escuela Lasaliana se organizó para preparar a sus alumnos para esta nueva sociedad creadora de empleos nuevos: “profesionales de la escritura” (secretarios, contables, administradores...), esencialmente en el ambiente urbano. Por eso, en la “Memoria sobre el Hábito”, La Salle precisa que sus escuelas estarán “únicamente en las ciudades”. Allí era donde sería posible encontrar una clientela suficientemente numerosa para llenar las clases y para responder eficazmente a la creciente demanda de alfabetización en un país donde la tasa de escolarización era tan sólo del 20%...

En este contexto, la Escuela Lasaliana pretendía proponer a todos los niños – incluso a los pobres – una formación integral teniendo en cuenta las dimensiones humana, profesional, social y espiritual de la persona. Este proyecto coherente exigía maestros competentes, trabajando en equipo, disponibles para contribuir al éxito del proyecto.

Resulta evidente que los cambios introducidos en la organización y el funcionamiento de la escuela, por La Salle y sus Hermanos, eran más apropiados para desarrollar el espíritu de fraternidad, tanto entre los maestros como entre los alumnos y entre maestros y alumnos.

Durante 40 años – 1679-1719 – Juan Bautista de La Salle se esforzó en formalizar este proyecto en sus escritos: la Memoria sobre el Hábito, las Reglas Comunes, la Guía de las Escuelas, las Reglas de cortesía y urbanidad cristianas, sus Cartas.

Necesitamos pues precisar cuáles eran las características de esa Fraternidad Lasaliana antes de mostrar su aplicación en la escuela y su desarrollo a lo largo de los siglos.

A3. Características de esa Fraternidad

En la biografía del Fundador, páginas 245-246, Blain trata de explicar por qué el ministerio de la fraternidad no siempre es fácil de ejercer. Podemos volver a leer su análisis para compararlo con las realidades de la época y, sin duda, encontraremos su observación demasiado pesimista.

- a. Debe evitar caer en los extremos, que son: por una parte, la debilidad de la dejadez, el sentimentalismo, el intercambio de sentimientos, pues se debe conservar la dignidad, el respeto mutuo y los límites de las funciones respectivas en las relaciones entre jóvenes y educadores. Por otra parte, es necesario evitar también la frialdad y la rigidez que rozan el autoritarismo, pues entonces las relaciones ya no son fraternas. Es necesario que “el atractivo del hermano mayor” – como dice la psicología moderna – sea suficientemente atractivo para incitar a los jóvenes a crecer y a identificarse con los adultos.
- b. Debe conseguir dinamizar a los alumnos, sin recurrir a los castigos, a la represión, a la corrección. Sin provocar, tampoco, la falta de respeto, el desorden y la demagogia.
- c. Naturalmente, implica que el equipo educativo del centro escolar dé ejemplo de dicha fraternidad, es decir, de la unidad y de la homogeneidad, de la convivencia, del respeto de las personas y del diálogo, de un funcionamiento democrático.
- d. Estas son condiciones para el éxito del proceso de identificación, a la vez individual y colectivo. La comunidad humana de los alumnos debe encontrar un modelo de comunidad adulta en las educadoras y los educadores.
- e. La pedagogía fraterna no es una adquisición a priori, sino una conquista perseverante, con el fin de lograr el equilibrio deseado. Supone dinamismo y voluntariedad.

Teniendo en cuenta la historia de la fundación de las Escuelas Lasalianas y los escritos del Fundador, podemos identificar varias características de esta pedagogía de la fraternidad, deseada por san Juan Bautista de La Salle y continuada en la historia del Instituto. Es posible encontrar sus huellas en las sucesivas ediciones de la Guía de las Escuelas y en otros textos oficiales del Instituto.

- 1. Una fraternidad cordial.** La lectura de la Guía de las Escuelas permite constatar que las relaciones humanas se hallan en el centro de la Escuela Lasaliana. Todos los agentes de la vida escolar están implicados en ella: alumnos, educadores, padres y hasta – indirectamente – la Iglesia local y el medio profesional. Para La Salle, existe otro participante en la relación educativa: DIOS. Pues había comprendido muy bien que el dinamismo del crecimiento personal – y en consecuencia el proceso educativo – dependen esencialmente de las relaciones humanas. Es por eso por lo que insiste en ello frecuentemente en sus escritos. Por poner un ejemplo significativo, recordemos que en sus Meditaciones exige a los maestros “ganarse el corazón de los niños”. En la Regla de los Hermanos, no duda en emplear las palabras amor, ternura con los niños, sobre todo hacia aquellos que parecen privados de ello en su familia y que lo necesitan particularmente. Esta insistencia indica claramente que él quería romper con la tradición escolar (y social) de la severidad, de la represión, de los castigos corporales. En el capítulo 15 de la Guía de las Escuelas, relativo a las correcciones, escribe que una escuela marcha bien cuando puede prescindir de las correcciones. Esta orientación es evidentemente esencial para una pedagogía de la fraternidad.
- 2. Una fraternidad civilizada.** La Salle y sus primeros maestros vivían en una época en la que la cortesía y la urbanidad tenían una importancia especial en la sociedad francesa. La cortesía existía ya en la Edad Media, pero únicamente en los ambientes acomodados. Conoció un nuevo resurgir en el siglo XVI, de modo particular, gracias a la obra de Erasmo “La urbanidad infantil”, luego la urbanidad italiana, cuyo impacto en Francia fue considerable en el siglo XVII. De allí nació el modelo del “hombre honrado” al cual todo hombre educado debía parecerse. La escuela debía difundir esta educación en todos los medios sociales. Durante su infancia familiar y su educación en el Colegio de Bons Enfants de Reims, La Salle se imbuyó de un ambiente de cortesía y de urbanidad. Experimentó los beneficios y las ventajas personales y sociales.

Comprendió su utilidad para la vida. Sus biógrafos cuentan el choque que supuso para él el encuentro con los primeros maestros, cuando los invitó a comer en su casa. Es razonable pensar que nació entonces en él la decisión de otorgar un lugar importante a la urbanidad y a la cortesía en la formación de los maestros y en la de los alumnos. El cambio de hábito de los maestros fue una de las primeras señales de dicho cambio. Veinte años después – incluso antes de redactar las Reglas Comunes y la Guía de las Escuelas – publicó las “Reglas de cortesía y de urbanidad cristianas”. Como un signo de la importancia que le otorgaba. Era también la base de su antropología como lo indica el prefacio de esa obra. Pues la urbanidad es una condición necesaria de vivir juntos en sociedad. Es el fundamento humano de la fraternidad. Se da una coherencia evidente entre educación en la urbanidad y el deseo de proponer una pedagogía fraterna. Por lo demás, su obra tuvo un gran éxito en Francia hasta principios del siglo XX.

- 3. Una fraternidad solidaria.** Guiado por el Evangelio y por su sentido de la fraternidad, La Salle no se sentía cómodo con la separación que existía en su época entre escuelas de pobres y escuelas de ricos. Haciendo referencia, como lo hace con frecuencia, a san Pablo, quería, como él, “anunciar el Evangelio a todos”. Por tanto, rechazaba la segregación entre las escuelas de caridad (gratuitas) y las Escuelas Menores (de pago), pues eso conducía a una verdadera segregación social. Su opción de abrir gratuitamente sus escuelas a todos, sorprendió y molestó efectivamente a los maestros de las escuelas de pago que veían una parte de su clientela abandonarlos, privándoles así de una parte de sus ganancias. Esos maestros protestaron, se quejaron al chantre y llevaron a juicio a La Salle ante los tribunales. Obtuvieron su condena. En esa ocasión La Salle mostró la fuerza de su convicción rehusando obstinadamente acudir a la Oficina de Pobres para verificar cuál era la situación económica de los padres de sus alumnos. Si la actitud del Fundador era inaceptable para los maestros, podemos estimar, en cambio, que era socialmente defendible y completamente evangélica. No quería que los pobres se sintiesen estigmatizados y rechazados. Los quería aceptados e integrados: iguales oportunidades, los mismos procesos de promoción socio-económica. En la Regla de los Hermanos, se decía incluso que los pobres debían ser más amados que los otros. “Manifestarán igual afecto hacia todos sus alumnos, incluso más por los pobres que por los ricos porque están mucho más encargados por su Instituto de los unos que de los

otros” (Reglas Comunes de 1718). Este texto permite comprender cómo entendía La Salle la relación fraterna entre maestros y alumnos: prudencia para mantenerla al nivel educativo; invitación a superar el nivel emocional o afectivo; compasión activa hacia los pobres, por no ser estos solamente pobres económicos, sino niños con dificultades sociales, morales o espirituales. El empleo de las palabras “pobres” y “ricos” en la misma frase manifiesta claramente que deseaba el mestizaje social en sus escuelas.

- 4. Una fraternidad participativa.** En la introducción al capítulo XVIII de la Guía de las Escuelas, relativo a los “Oficios”, Juan Bautista de La Salle justifica su existencia mediante una corta frase: estos “oficiales” deberán hacer “aquello que el maestro no puede o no debe hacer”. Expresión llena de sentido común y de intenciones pedagógicas, pero también expresión totalmente actual, aun cuando los contenidos de esos oficios confiados a los alumnos hayan evolucionado con el tiempo. Se encuentran oficios semejantes en la “Ratio Studiorum” de los jesuitas, en la “Escuela parroquial” de Jacques de Batancour, en los “Reglamentos” de Charles Demia, y en otros documentos pedagógicos de aquella época. Pero hay que precisar que en la “Guía de las Escuelas Cristianas”, tales oficios no eran las únicas modalidades de participación de los alumnos. A ellos se añadían los momentos cotidianos de ayuda mutua entre los alumnos, sobre todo cuando algunos de ellos encontraban dificultades en los aprendizajes; el encargarse de alumnos que se habían ausentado y debían ser ayudados para recuperar las lecciones que habían perdido; formas de actuación como monitores de los alumnos más avanzados con el fin de ayudar a los otros a consolidar sus aprendizajes; sin olvidar determinados servicios prestados fuera de la escuela, como las visitas a los ausentes o enfermos con el fin de que no se sintieran olvidados o excluidos. A todo ello podemos añadir la vigilancia de los compañeros en las calles de la ciudad cuando regresaban a sus casas. De este modo, las tareas confiadas y ejercidas por alumnos, son a la vez un servicio importante prestado al grupo y – para los titulares – un aprendizaje de la responsabilidad. Este servicio refuerza el sentido de la solidaridad, de la ayuda mutua y de la cohesión social. La responsabilidad hace que el individuo se abra a los demás y puede librarle eventualmente de una tendencia al egocentrismo. Así pues, estos oficios constituían un elemento importante de buenas relaciones sociales y contribuían a reforzar la fraternidad. Pero además debían alcanzar al conjunto de los alumnos, por turno, tal como sucedía

en la Guía de las Escuelas. Puede considerarse como una faceta del ejercicio de un poder democrático en la escuela, un poder participativo que es el más coherente con la búsqueda de la fraternidad, pues así se hace visible, efectiva y creíble.

5. Una Fraternidad ambiciosa. En la organización social de Francia en el siglo XVII, los miembros del Tercer Estado – el pueblo – tenían pocas posibilidades de promoción económica. El mundo de las corporaciones de oficios había llegado a la cúspide de su funcionamiento y la movilidad social se encontraba bloqueada. Pero la organización administrativa del país y el desarrollo industrial creaban posibilidades de nuevo empleos. A veces se los llama “oficios de la pluma”, pues suponían la capacidad de leer, escribir, contar; la escuela se podía convertir en un factor de promoción. Eso es claramente lo que pretendía realizar la Escuela Lasaliana y de la manera más excelente posible. Lo cual se debe a su organización concreta. Esta ambición se sostenía, en primer lugar, en una confianza sincera en las capacidades de progreso y de éxito de los alumnos, con tal de ser bien orientados y formados. Eso es lo que condujo a La Salle y a los Hermanos a proponer unos aprendizajes más exigentes, más rigurosos y más elevados que los del conjunto de las demás Escuelas Menores. Para ello:

- No era suficiente con aprender a leer para estudiar el catecismo – como ya hemos dicho – sino que era necesario saber leer inteligentemente: en caracteres ordinarios de imprenta, en caracteres de urbanidad (propios de la época) y en todo tipo de manuscritos aún muy frecuentes en las oficinas y las administraciones. Los alumnos estaban expuestos a encontrarse con todo ello en su futuro trabajo profesional.
- No bastaba con poseer la escritura espontánea; era menester dominar la caligrafía en escritura redondilla y cursiva. Aunque para ello hubiera que olvidar los privilegios obtenidos en este campo, por los maestros calígrafos, lo cual le valió varios procesos a san Juan Bautista de La Salle.
- Era preciso también conocer las reglas ortográficas corrientes, por lo demás muy complicadas y sin estar aun oficialmente establecidas.
- En aritmética, además de las cuatro operaciones elementales, había que ser capaz de inventar problemas a partir de situaciones corrientes de la vida cotidiana.

- En resumen, la Escuela Lasaliana buscaba en todo la calidad y la excelencia, con el fin de aumentar las oportunidades de los alumnos de obtener un empleo y una promoción. Esa excelencia implicaba en primer lugar a los mismos maestros, en su formación y en su nivel de competencia.

6. Una fraternidad universal. A Juan Bautista de La Salle le resultó difícil deshacerse de su canonjía, que consideraba como un obstáculo para el cuidado que debía dedicar a las Escuelas. El Cabildo de la catedral y el arzobispo de Reims tampoco deseaban desprenderse de la presencia de un miembro de tal calidad. Algunos años más tarde – en 1688 – tuvo también que luchar para obtener de su arzobispo la autorización de abandonar Reims para ir a París. Los buenos resultados de las primeras escuelas lasalianas en la ciudad eran un argumento para no desprenderse de ellas en beneficio de otra diócesis. Pero eso no se correspondía con las pretensiones educativas del Santo Fundador. Su sentido de Iglesia le pedía abarcar a todas las diócesis de Francia y, quizás ya, su mirada se orientaba hacia Roma... Naturalmente, habría que analizar todo eso dentro de las tensiones de la Iglesia de Francia de su época. Estaba bastante mal visto ser ultramontano como él. Sin embargo, sabemos que esta actitud le condujo al envío de dos Hermanos a Roma, en 1702. Y cuando uno de los dos se dio media vuelta, La Salle aceptó hacer una excepción a la que se había negado en otras partes: que Gabriel Drolin se quedase solo en Roma durante más de 20 años contraviniendo con ello el trabajo en asociación que era un punto central de la “Fórmula de Consagración” de los Hermanos. Pero se trataba de un fuerte testimonio de catolicidad, esencial para la imagen del incipiente Instituto.

7. Una fraternidad evangélica. Juan Bautista de La Salle estaba, ciertamente, muy de acuerdo con las decisiones del Concilio de Trento que pedían que las escuelas fuesen lugares de catequización de los niños. Pero él quería ampliar las finalidades de la escuela. Entre los textos que confirman esta afirmación, quedémonos con este pasaje de la Meditación 160 para la fiesta de San Luis, rey de Francia: “Procuraréis el bien de la Iglesia haciéndolos verdaderos cristianos, y tornándolos dóciles a las verdades de la fe y a las máximas del Santo Evangelio. Procuraréis el bien del Estado enseñándoles a leer y a escribir, y todo lo que corresponde a vuestro ministerio, en relación con el mundo exterior. Pero hay que unir la piedad con lo externo, sin la cual vuestro trabajo sería poco útil”. (MF

160.3). En sus escritos y en su actuación con los Hermanos, La Salle tomó muy en serio estas dos finalidades de educación humana y cristiana. Las características que acabamos de ver hacen referencia esencialmente sobre la educación humana. Hay que evocar también lo que dice el Santo Fundador al final de su Meditación para el 31 de diciembre: “¿Os habéis preocupado de que vuestros discípulos conozcan la religión? Esa es vuestra principal obligación, aunque no debéis desatender los otros puntos”. Esa es la razón por la cual, sobre las 40 horas semanales de presencia en clase, 20 estaban dedicadas a actividades religiosas: oraciones, reflexión de la mañana, examen de conciencia por la tarde, catecismo, misa, recuerdo frecuente de la presencia de Dios. Y para facilitar el trabajo de los maestros, publicó cinco obras con el fin de ayudarles en la enseñanza del catecismo y otros sobre las oraciones diarias, la asistencia a la misa, los cánticos espirituales al final de la jornada escolar... Para los cristianos, la fraternidad se funda ante todo sobre el Evangelio.

Conclusión: El ministerio de la fraternidad

Como lo explica La Salle en las dos primeras “Meditaciones para el tiempo de retiro”, el maestro es elegido, suscitado y enviado por Dios para contribuir a la realización de su Plan de Salvación, proyecto de amor para todos los hombres y todas las mujeres de la tierra. Dice que esta participación en la acción salvadora de Dios es nuestro “ministerio”, en el sentido primero de la palabra latina: “Servicio”. Por eso gustosamente hablamos de “ministerio de educación cristiana”. Sería aún más exacto hablar del “ministerio de la fraternidad”. Es en este sentido como podremos llamarnos “hermanos mayores” de aquellos a quienes servimos.

Eso es lo que constituye la eminente dignidad de la tarea de educador y que justifica las exigencias que La Salle tenía con respecto a los maestros: vivir las Virtudes del Buen Maestro, estar disponible y al mismo tiempo estable, comprometerse generosamente, ser ejemplar en todo. Para conseguirlo, los Hermanos/maestros tenían necesidad de estar integrados en un equipo, acompañados en su itinerario, sostenidos en los momentos difíciles, felicitados o recompensados en sus éxitos. Todo eso es la función de la asociación.

En el mundo actual, ¿existe, acaso, un ministerio más hermoso que el de la fraternidad?

B. DESARROLLO DE LA FRATERNIDAD

La Fraternidad entre las personas puede parecer un sueño, una utopía: ¡hay tal cantidad de ejemplos en el mundo en el que se nota su ausencia! Pero en la educación, tiene que llegar a ser un objetivo a alcanzar, es decir, un descubrimiento progresivo, un proceso que se ha de seguir para convertirse en una realidad cotidiana. Tal es la ambición de la pedagogía lasaliana. Podemos detectar algunas condiciones de actuación educativa que le permiten nacer y desarrollarse en un centro educativo, sea el que sea.

B1. Una relación educativa intensa

1. El conocimiento personalizado de los alumnos. Juan Bautista de La Salle desarrolla de modo particular este aspecto en su meditación para el domingo del Buen Pastor. Un conocimiento en profundidad que alcanza hasta el corazón de la persona y suscita una verdadera empatía. La Salle incluso utiliza la expresión “discernimiento de los espíritus” para caracterizar esa relación. Tal discernimiento es un don del Espíritu Santo, dice. Necesita tiempo y paciencia. Por esa razón, el maestro está en la clase “de la mañana a la tarde” como se indica en la Regla de los Hermanos, lo cual, en aquella época, significaba literalmente desde el amanecer hasta el ocaso.

2. Una relación eficaz. Relación que hace uso de los medios apropiados, simples y concretos, con el fin de evitar el subjetivismo, pues se tiene la intención de lograr una relación lúcida, de confianza, cordial y afectuosa. Ese conocimiento permite al maestro adaptar sus actitudes, su pedagogía, su ayuda eventual. La Meditación sobre el Buen Pastor presenta, así mismo, la necesidad de una pedagogía diferenciada. Debe adaptarse a la persona, a las necesidades y a las capacidades de todos los alumnos. Es esa adaptación lo que proporciona al maestro eficacia, credibilidad y autoridad.

3. Ensayo de psicología diferenciada. Esta expresión no es exagerada si leemos determinados capítulos de la Guía de las Escuelas, especialmente el “de las correcciones” donde se habla de “aquellos que se deben o no se deben corregir”. El capítulo “de las ausencias”, en el cual se analizan las causas posibles de las ausencias y los remedios para reducir el absentismo. El capítulo sobre “los oficios” que enumera los criterios de elección de los “oficiales”. El capítulo sobre la forma de repartir los alumnos en la escuela y finalmente el capítulo de los catálogos, especialmente el que trata de las “buenas y malas cualidades de los alumnos”.

4. Una relación cálida y cordial. Podríamos decir también: afectuosa y fraterna. Que va más allá de una simple observación. El maestro lasaliano debe tener una determinada mirada sobre sus alumnos, como lo indica la Regla de los Hermanos de 1718: “Amarán tiernamente a todos sus alumnos; empero no se familiarizarán con ninguno de ellos, ni les darán cosa alguna por especial predilección, sino solamente como recompensa o estímulo” (RC 7, 13). Podemos descubrir aquí una intuición educativa muy moderna: el amor es un camino de crecimiento para la persona. La Salle utiliza con frecuencia la palabra “delicadeza” al hablar de pedagogía y hace de ella una de las doce “Virtudes del Buen Maestro”. Existe también un componente espiritual en este tipo de relación, pues ella puede permitir al educado descubrir el amor de Dios.

5. Pero no hay que equivocarse sobre la naturaleza de tal amor. El amor humano auténtico no es únicamente sentimental o afectivo. Es también comprometido, abnegado, a veces valiente y exigente, atento a las necesidades del educando, a sus capacidades, a sus proyectos y tanto a sus éxitos como a sus fracasos. Debe ser desinteresado. De ahí puede nacer una relación equilibrada, lejos de los excesos y de los extremos.

6. Una relación recíproca. Será nuevamente en la Meditación sobre el Buen Pastor donde La Salle exprese claramente este componente de la relación educativa. Una reciprocidad basada siempre sobre las reglas de la cortesía y la urbanidad. Pues la relación educa para la sociabilidad. En la época de La Salle, la sociedad buscaba la cortesía, la urbanidad, como un aspecto fundamental de la persona. En la Guía de las Escuelas, esas relaciones aparecen en varios capítulos. En ellos encontramos el respeto mutuo, la solidaridad y el compartir, el dominio de uno mismo, el rechazo de toda violencia, la entrega desinteresada al grupo-clase, la modestia en todo el comportamiento. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la fraternidad.

a. La Relación: camino de humanización, de liberación, de evangelización

“Amar a sus alumnos”: una expresión sobre la cual no cabe equivocarse. No se trata de no importa qué tipo de amor. Para evitar los malentendidos o los errores, cabe precisar que el verbo “amar” se emplea aquí en el sentido amplio y general, como tienen la costumbre de emplearlo en francés: me gusta el

deporte, me gusta el teatro, me encanta el sol... Para hacerlo aún más explícito, recordemos algunos comportamientos y actitudes que presenta naturalmente este amor a los alumnos: tener un verdadero interés por ellos, dar pruebas de atención constante, entregarse a su servicio, comprometerse en atenderlos, manifestar entusiasmo ante sus capacidades, sus progresos, sus éxitos, sentirse felices cuando realizan algo positivo, aceptar gustosos la gratuidad en su servicio, dar pruebas de generosidad en el trabajo, mantener la exigencia, el rigor en el trabajo, que son signos de amor verdadero y son necesarios para el crecimiento humano...

Juan Bautista de La Salle sintetiza, él mismo, todo eso en una frase que describe una actitud educativa clara: asociar la ternura de una madre a la firmeza de un padre. Como las comunidades educativas actuales son generalmente mixtas, podríamos también hablar de la “firmeza de una madre” y de la “ternura de un padre”.

En el capítulo de la Guía de las Escuelas relativo a las correcciones, La Salle escribe: “Unirán la delicadeza y la firmeza en su actuación con los niños”. Naturalmente, eso excluye: la debilidad, la negligencia en sus responsabilidades de adulto, el compromiso, el abandono o indiferencia ante los alumnos problemáticos, la inestabilidad del comportamiento y todas las desviaciones en el trato con alumnos. Pues todo ello sería anti educativo y no ofrecería al alumno serios criterios de comportamiento humano, ni de modelo de identificación, de lo cual, sin embargo, tiene necesidad para crecer, para estructurar su personalidad, para llegar a ser libre y autónomo y, finalmente, para descubrir y aceptar el amor de Dios.

b. La relación, camino de humanización

Juan Bautista de La Salle vivió en una época que aún no conocía la psicología del niño. Los educadores no tenían idea alguna de los mecanismos y de las etapas del crecimiento humano. Fue en el siglo XX cuando un médico-psicólogo escribió que “para vivir, un niño tiene tanta necesidad de amor como de pan”. Fue por esa misma época cuando se pusieron en evidencia y se analizaron los conceptos de educabilidad, de modificación cognitiva y afectiva. Recientemente, también se han identificado las raíces afectivas de ciertos comportamientos anormales en el niño o en el adolescente, por carencia de modelos de identificación. Por ejemplo: la dislexia, la cleptomanía, el reflejo de delación, la timidez mórbida,

la mentira reiterativa, la pereza, el cerrarse sobre sí mismo, el silencio obstinado, la anorexia y determinados comportamientos de marginalización social como la fuga, la droga, el suicidio...

Ciertamente, todo eso debe ser matizado, pero sabemos que tales comportamientos constituyen obstáculos o fracasos en el camino hacia una humanización equilibrada y apacible, hacia un crecimiento humano autónomo, un crecimiento espiritual. Son también obstáculos en el crecimiento afectivo que se realiza gracias a la complejidad y a la riqueza de las relaciones interpersonales. Es decir, un crecimiento efectivo que permita pasar progresivamente del instinto cautivo al amor oblativo, del conocimiento sensorial al conocimiento abstracto, del determinismo a la libertad adulta.

Sin poseer los conocimientos psicológicos que nosotros tenemos actualmente, La Salle parece convencido de que, para crecer humanamente, el niño necesita encontrarse en su camino con modelos humanos de calidad. Porque lo que el psicoanálisis y la psicología llaman “modelos de identificación”, él ya lo adivinaba. Podemos resumir su pensamiento de la manera siguiente:

- Principio básico: “Amarán tiernamente a todos sus alumnos...”, “manifestarán igual afecto a todos sus alumnos, incluso más hacia los pobres que hacia los ricos, porque ellos son los preferidos por su Instituto”.
- Modalidad de acción: el maestro debe dar siempre ejemplo. Eso corresponde a lo que nosotros llamamos “modelo de identificación”.
- En coherencia con este principio general, la Guía de las Escuelas repite varias veces que el maestro debe practicar exactamente lo que él espera o exige de sus alumnos: actitudes, comportamientos, posturas, procedimientos, palabras, silencio, recogimiento, piedad... Pero también en la manera de leer, de pronunciar las palabras, de escribir... De ahí se deriva la lista de las 12 Virtudes del Buen Maestro que se encuentra al final de la Guía de las Escuelas. Una lista que puede organizarse en torno de tres ejes principales: el dominio de uno mismo, la interioridad y el compromiso generoso en la tarea. De esta forma es cómo el maestro facilita el crecimiento del alumno: su humanización.

Así pues, la relación educativa resulta fundamental. Pero La Salle la singulariza al hablar, en la Meditación 33, de reciprocidad. En este contexto habla también de ternura del maestro para con sus alumnos y de los alumnos para con el maestro. Podemos efectivamente preguntarnos: ¿puede un alumno identificarse con alguien a quien no conoce? ¿con alguien a quien no ama? Es por eso por lo que La Salle propone un conocimiento mutuo, una relación recíproca, entre el maestro y sus alumnos. El maestro debe, también, dejarse observar, dejarse conocer, abandonando las máscaras de su función: autoridad, poder, saber, edad... con el fin de permitir la proximidad, la autenticidad, una forma de fraternidad.

La Guía de las Escuelas propone algunas modalidades concretas para facilitar ese conocimiento. Sugiere también que el proceso de identificación funciona plenamente y de manera duradera cuando existe: conocimiento mutuo, aprecio admirativo, depurado, amor que constituye el impulso más poderoso de la identificación. Por esa razón es necesario: pasar mucho tiempo juntos, utilizar los Catálogos, establecer un retrato de cada alumno, hacer actuar a los alumnos en la clase... Esta voluntad de conocimiento personalizado se expresa también en la organización interna de las actividades de la clase.

Un amor real y eficaz es también aquel que se manifiesta en la voluntad de facilitar el éxito y evitar el fracaso en el trabajo. El alumno debe sentir la satisfacción del éxito y amarse a sí mismo. ¿Cómo podría amarse en situación de fracaso? Es interesante señalar que, en la Guía de las Escuelas, los aprendizajes estaban organizados de manera que cada uno trabajase a su ritmo y según su nivel. Más que pedagogía personalizada, podríamos hablar de un trabajo “a medida” que conducía naturalmente al éxito durante las evaluaciones.

c. La Relación: camino de liberación

La vida de todo ser humano está marcada por límites, presiones, prohibiciones, a veces confusiones, que le impiden conquistar o ejercer plenamente su libertad. Todo ello constituye lo que nosotros llamamos “alienaciones” más o menos graves. Naturalmente, la persona quiere liberarse de esas alienaciones y la educación debería ayudarle.

Padres y maestros, educadores y educadoras identifican con frecuencia en los alumnos tales alienaciones. Nosotros, más corrientemente, las llamamos “dificultades escolares”. Por experiencia, sabemos que dichas dificultades retrasan el crecimiento de la persona o lo impiden totalmente y perturban los resultados escolares. Clasificamos esas dificultades en diversas categorías: escolares, afectivas, relacionales, intelectuales, culturales, morales, religiosas, existenciales... En el siglo XX, se han observado y analizado cuidadosamente dichas dificultades, se han buscado y aplicado diversos métodos para luchar contra ellas. Globalmente, existen tres tipos de tratamientos: preventivos, compensatorios, curativos.

En sentido figurado, podemos decir que se trata de “romper las cadenas” que paralizan a las personas. La Salle pensaba que, para romper esas cadenas, era necesario llegar hasta el corazón del alumno: “ganar su corazón”, “mover su corazón”. Originalmente, la pedagogía lasaliana fue “una pedagogía del corazón”. Pero los caminos hacia el corazón de una persona son a veces difíciles de encontrar y complicados de recorrer. No obstante, es necesario si se quiere ayudar al joven en situación de dificultad. Esa es la condición para poder ofrecerle una “buena noticia”, la que él necesita y que le ayude a retomar confianza en sí mismo y dar muestra del valor necesario para superar los obstáculos.

Es precisamente en tales situaciones cuando debemos “unir la delicadeza a la firmeza”, como dice La Salle. A todo ello, podemos añadirle otro consejo del Fundador, que encontramos en la Meditación para la fiesta de san Francisco de Sales: “Si empleáis con ellos firmeza de padre para retirarlos y alejarlos del desorden, también debéis tener con ellos ternura de madre, para acogerlos y para procurarles todo el bien que de vosotros dependa”. Esta última imagen es particularmente hermosa y sugestiva. Por supuesto, eso puede parecer y ser realmente difícil. Pero no olvidemos que, finalmente, no somos nosotros quienes liberamos a los otros de sus alienaciones: ellos solos se liberan cuando toman confianza. No obstante, nosotros debemos convencerlos y ayudarlos en la medida de lo posible, y para ello manifestarles suficiente compasión y confianza para animarlos.

Hay otros que deben liberar su juicio, gracias a una buena educación de su inteligencia, la cual podrá liberarlos de su ignorancia, de sus prejuicios, de sus falsas convicciones. Algunos otros deben liberar sus relaciones gracias a una mejor cercanía, una buena amistad o una gran fraternidad. Tendamos

la mano. Todavía algunos más deben salir de su encierro sobre sí mismos, de sus bloqueos afectivos que los vuelven desconfiados, amargados, agresivos, pesimistas, incrédulos, desanimados. Únicamente un amor humano auténtico, comprensivo, misericordioso y abnegado puede ayudarles eficazmente.

Por supuesto, no podemos evocar aquí todas las situaciones posibles. De todos modos, lo esencial no está en una descripción exhaustiva, sino en una actitud de atención en un ambiente cálido de fraternidad. Fraternidad hecha de igualdad, de cercanía y de relaciones.

d. La relación: camino de Evangelización

Para Juan Bautista de La Salle, como para nosotros, el descubrimiento del amor es siempre una “buena noticia para los pobres”. Y lo mismo para cualquier persona, para todos los hombres y todas las mujeres. En la acción educativa y pastoral, nuestra constante preocupación debe ser verificar si los jóvenes que nos han sido confiados se hallan en buenas condiciones para descubrir y aceptar el amor de Dios, gracias a la experiencia repetida y positiva del amor humano. La Escuela Lasaliana no tiene únicamente finalidades profanas: quiere anunciar el Evangelio a todos.

Todos los escritos del Fundador, incluidos aquellos que pueden parecer profanos, insisten sobre este aspecto. Con bastante frecuencia nos recuerda que la escuela debe formar “verdaderos cristianos”, verdaderos discípulos de Jesucristo. La escuela no se contenta con el estudio y la memorización de las “verdades especulativas”, sino que debe facilitar la práctica cotidiana de las “verdades prácticas del Evangelio”, retomando dos de las expresiones empleadas por él. Para comprender mejor estas expresiones, especialmente la segunda, hay que pensar en las Bienaventuranzas, verdadero código de vida para los cristianos.

La distinción entre la teoría y la práctica, propuesta por La Salle, se hace más clara cuando la situamos en su contexto histórico. En su época, después del Concilio de Trento, la Iglesia consideraba como indispensable para la salvación, el conocimiento y la memorización de las principales verdades de la doctrina católica. Para facilitar este conocimiento, la Reforma católica decidió abrir escuelas para el pueblo e invitó a cada diócesis a publicar un “catecismo” para los niños... así como también para los fieles adultos. Estos catecismos debían presentar un resumen de la doctrina católica, en forma

de preguntas y respuestas, que podían ser memorizadas más fácilmente. Además, la finalidad principal de estas escuelas populares era el estudio del catecismo.

La escuela organizada por La Salle y los primeros Hermanos se situaba claramente dentro de este movimiento general de la Iglesia, pero quería ir más allá de lo que exigían las Escuelas Menores de la época. La Salle no pensaba que bastase con memorizar un resumen de la doctrina católica o limitarse a un discurso teórico sobre la fe. Quería que todo ello se tradujese en la vida corriente, en la práctica, para convertirse en buenas nuevas para los destinatarios.

En eso estaba de acuerdo con Jesucristo mismo (primer evangelizador), que enseñó a sus contemporáneos, como nos lo dicen los Evangelios, a la vez que curaba, animaba, rehabilitando personas, actuando a veces sin discursos con tan sólo sus actitudes, su mirada, sus intervenciones concretas. En todo ello, Jesús aportaba buenas nuevas a aquellos que se hallaban en la ignorancia, en el dolor, la enfermedad, el sufrimiento; a aquellas que eran víctimas del desprecio, de la marginalización o del rechazo por parte de los demás. Para retomar un término que hemos empleado anteriormente: aquellos que sufrían de diversas alienaciones. Aportar buenas noticias, ese es ciertamente el sentido etimológico del verbo “evangelizar”.

Conclusión

Eso es lo que Dios pide y espera de cada una y cada uno de nosotros, como nos lo explica La Salle en sus Meditaciones para el tiempo del retiro. Es también nuestra manera de “ganar los corazones”, esperando ayudarles así a descubrir, aceptar y compartir el Amor de Dios.

Ministros de la fraternidad, así pues, somos ministros del amor de Dios (en el sentido de servidores o mediadores). La Salle nos invita a convertirnos en “buena noticia” para los pobres, Evangelio vivo ante ellos, “salvadores” para ellos – como lo dice textualmente en su Meditación para el día de Navidad. Es una palabra muy fuerte. Ser creyente, ser evangelizado, consiste en descubrir el amor de Dios, en vivir y compartir con los demás.

B2. Vivir valores que dan sentido a la vida

Vivir la fraternidad es desear que los jóvenes sean felices. Dar sentido a sus vidas contribuye fuertemente a ello. Por eso, la educación les ayuda a preparar una existencia llena de sentido, de nobleza y de éxito. Será con esta condición como llegarán a convertirse a su vez en sembradores de fraternidad.

Para dar sentido a sus acciones y a sus relaciones, a sus proyectos y a sus esfuerzos, la persona necesita adquirir valores de referencia y vivirlos con convicción en lo cotidiano de su existencia. Se puede afirmar, sin exageración, que la Escuela Lasaliana ha hecho de ello una de sus prioridades desde su origen.

La prueba la encontramos en las “Virtudes de un buen maestro”, pero también en las Meditaciones para el tiempo del retiro, sobre todo en lo que se refiere a los alumnos. Naturalmente, en su época, La Salle emplea sobre todo las palabras “virtudes” o “cualidades”, pero las realidades corresponden a lo que nosotros llamamos habitualmente “valores”. Sobre este tema, podemos releer una página del biógrafo Blain: “La manera de enseñar a organizar una escuela es una ciencia más difícil de lo que se piensa. Precisa habilidad, método, silencio, mansedumbre mezclada con dignidad, tranquilidad, paciencia grande y, sobre todo, mucha prudencia”. (CL 7 p 245).

Algunas décadas más tarde, el Hermano Agathon, Superior General del Instituto, propuso una “Explicación de las virtudes de un buen maestro” e insistía particularmente sobre la “mansedumbre”. Resulta evidente que esta virtud es esencial en una pedagogía de la fraternidad. La Salle vuelve sobre ella frecuentemente en sus escritos, quizás inspirado por el pensamiento de san Francisco de Sales, como ya lo hemos recordado al citar la Meditación 101. También insistió mucho sobre la necesidad para el maestro de “ganar los corazones”. Así mismo, merece la pena mencionar el hecho de que las ediciones posteriores de la Guía de las Escuelas hayan conservado el capítulo sobre las virtudes del maestro, hasta llegar a proponer 15 virtudes y ¡no solamente 12!

En el siglo XXI preferimos hablar de valores. Tres textos importantes del Instituto citan varios de ellos que pueden ser considerados como prioritarios en la escuela lasaliana. Se trata de la “Declaración sobre el Hermano en el

mundo actual” (1967), “Las características de la Escuela Lasaliana actual” (1987) y de la “Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas” (2015). Antes de presentar brevemente esos valores prioritarios, algunas precisiones útiles:

1. Valores y voluntad

Durante mucho tiempo, se ha presentado la voluntad como la capacidad de hacer esfuerzos, incluso penosos, de no abandonar ante las dificultades. Los padres y los educadores han exigido a los niños esfuerzos, sacrificios, pensando así desarrollar y fortalecer la voluntad. Más recientemente, los psicólogos han pensado que la voluntad era más bien una cierta energía vital que cada persona posee en sí, una capacidad de actuar, de superarse, una especie de dinamismo natural que es posible utilizar y que es necesario cuidar. Se percibe, así, el vínculo natural entre la voluntad, los deseos personales, las pasiones y los intereses o las motivaciones.

Un valor es aquello que me atrae, que me parece importante, que me impulsa y me anima en la vida. Es aquello que vale la pena: primero para mí, y quizás también para los demás. Por ejemplo: merece la pena trabajar, luchar e incluso sufrir para asegurar el triunfo de la paz, de la justicia, de la solidaridad, de la fraternidad... Para otros, será quizás establecer el orden, la disciplina, el silencio... adquirir poder, dinero.

Por consiguiente, el valor no es algo teórico y abstracto. No existe por el solo hecho de aparecer en una lista de valores, sino que es un dinamismo real, una motivación dentro de mí, una fuerza que me empuja o impulsa a alguna otra persona o incluso a muchas, en su manera de actuar. Y ahí es donde se encuentra el vínculo con la voluntad.

Es inútil distinguir entre “valores humanos” y “valores evangélicos”, pues estos últimos son necesariamente valores humanos universales, iluminados por el ejemplo o la palabra de Jesucristo. Son vividos por los creyentes a la luz de su fe, de su amor a Dios y al prójimo. Existen muchos valores y resultaría fácil elaborar una larga lista. La realidad es que cada uno, en su vida, en sus actividades, en sus proyectos y sus compromisos, elige valores prioritarios que se compromete a promover porque los considera como esenciales.

2. Valores lasalianos prioritarios

En los tres documentos del Instituto de los Hermanos citados anteriormente, se destacan particularmente 9 valores, presentados como los más importantes y los más urgentes. Son los siguientes: fraternidad, paz, justicia, solidaridad, dignidad humana, espíritu crítico, interioridad, libertad, autonomía responsable. Estos son los que llamamos prioritarios y que son propuestos a todos los lasalianos, sea cual sea el lugar de su actuación educativa.

- a. **Fraternidad.** Desde los orígenes del Instituto, la fraternidad ha sido una característica central de la Escuela Lasaliana, así como de la comunidad de los Hermanos. Como ya lo hemos recordado, los biógrafos del Fundador hablan de ello abundantemente. Diversos episodios de la vida del Fundador atestiguan la importancia que él le otorgaba. Hoy día, constituye el centro del proyecto educativo lasaliano. Fundada sobre la filiación divina común a todos los hombres y sobre la antropología, la fraternidad debe hacerse extensiva a todos. Esa es la razón de que nosotros queramos trabajar por aumentarla en todas partes, con el fin de llegar a una fraternidad universal. Eso debería ser visible en la vida y en las relaciones de los centros educativos lasalianos.
- b. **Paz.** Con mucha frecuencia asociamos paz y fraternidad, como para indicar que la una es el resultado de la otra. Y es cierto en muchos casos. Pero podemos decir también que la paz está vinculada a la justicia. Allí donde existe justicia, hay paz y fraternidad. E inversamente. Por eso podemos considerar la paz y la fraternidad como dos valores que van siempre juntos y constituyen el núcleo – la base común – de los valores lasalianos. Cada centro educativo debería analizar cuidadosamente cómo vive y desarrolla estos dos valores.
- c. **Dignidad humana.** En cualquier situación social o profesional, la persona humana posee unos derechos y unas cualidades que deben ser reconocidos, respetados y promovidos. Es una dimensión fundamental de su identidad. Es especialmente importante y urgente con relación a los pequeños, los pobres, las personas sencillas y modestas. Podrían más fácilmente quedar olvidados o ser menospreciados. Podemos también decir que este reconocimiento y

este respeto son indispensables para su equilibrio personal y su felicidad. Por tanto, debe constituir una preocupación para todos los educadores/educadoras lasalianos.

- d. **Justicia.** La toma de conciencia de los derechos humanos constituye el vínculo de una obra educativa. A su vez, esta conciencia conduce a desarrollar de modo particular el sentido de la justicia, y en consecuencia a denunciar toda forma de injusticia, en la medida en que eso suponga desconocimiento o vulneración de los derechos fundamentales de las personas. En nombre de los derechos individuales y de la fraternidad humana es la razón por la que el Instituto de los Hermanos insiste particularmente sobre el respeto y la promoción de la justicia: ver la Circular N.º 412, del Consejo General, que habla de ello detalladamente.
- e. **Solidaridad.** Por supuesto, conecta con la justicia y la fraternidad. Incluso en el lenguaje corriente, justicia y solidaridad van habitualmente asociadas. La solidaridad es una actitud coherente con el respeto de las personas y de la justicia, con la búsqueda de la fraternidad. Lo cual debe conducir a los educadores y a los educandos a compromisos concretos en favor de aquellos y aquellas que se encuentran en necesidad o se sienten rechazados por la sociedad.
- f. **Espíritu crítico o discernimiento.** La presencia de este valor entre las prioridades lasalianas puede sorprender, incluido su calificativo de “valor”, pues la palabra “crítico” tiene generalmente una connotación negativa en las relaciones humanas. Pero está justificada, porque existe un vínculo normal y lógico entre la educación en los derechos de la persona y en el sentido de la justicia y el espíritu crítico. El desarrollo del espíritu crítico permite un análisis lúcido de las situaciones, es decir, un buen discernimiento. Es nuestra percepción crítica de las realidades la que ilumina nuestras observaciones, desenmascara las causas de las injusticias, analiza y denuncia las situaciones injustas y, a menudo, permite encontrar soluciones. El espíritu crítico sirve también para denunciar los falsos valores que puede proponer la sociedad, para discernir las riquezas en todas las culturas, para garantizar un estudio preciso de las situaciones de pobreza y de injusticia...

g. Interioridad y libertad. Verdaderamente, estos dos valores no son separables. Una educación progresiva para la interioridad aparece como una condición previa para el crecimiento y el uso de la libertad personal. Interioridad y libertad no aparecen de golpe: necesitan tiempo y progresividad para formarse y llegar a una suficiente madurez. Un centro educativo lasaliano debe organizar con precisión la manera de proponer y de acompañar estos dos valores, teniendo en cuenta la edad de los alumnos, pues su crecimiento resulta difícil, a veces caótico y nunca terminado. La sociedad actual, con sus múltiples propuestas, sus medios de comunicación, su continuo desfile de invitaciones... no favorece para nada la interioridad y frena el crecimiento de la libertad. Quizás estos sean, actualmente, los dos valores más difíciles de interiorizar y asumir como propios.

h. Autonomía responsable. En la medida en que sean comprendidos e interiorizados, los 8 valores precedentes permiten a la persona acceder a la autonomía responsable. Ésta supone una gran capacidad de libertad, de reflexión y de discernimiento. Es el punto de culminación del proceso educativo. Es también el signo de que uno ha asumido como propios los demás valores.

3. Apropiación de los valores

El valor existe para mí cuando lo elijo, lo interiorizo y lo practico hasta convertirlo en el motor de mi vida. Para llegar a este punto, es necesario descubrir concretamente dicho valor, analizarlo personalmente o con otros, experimentarlo específicamente en actividades, interiorizarlo para adoptarlo y apropiarse de él, para luego ponerlo en práctica de manera perseverante. Para realizar este recorrido, parecen ser importantes las siguientes etapas:

- Estudiar el valor para conocerlo claramente: por los medios de comunicación, en pastoral, en catequesis, en grupos comprometidos, participando en actividades que se relacionan con él, pero también en conferencias, libros, documentos diversos, películas.
- Educar constantemente la propia conciencia para afinar y matizar el sentido del bien y del mal, y también el propio espíritu crítico, frente a las realidades percibidas, habituarse a discernir.
- Experimentar el valor, si es posible en las relaciones cotidianas, en grupos o asociaciones, en acontecimientos cotidianos de la vida.

- Asumir responsabilidades en la clase, en la escuela, o fuera de ella, en grupos, movimientos, proyectos...
- Sacar provecho de reuniones, encuentros, actividades particulares que hagan referencia a ese valor.
- Encontrarse con testigos importantes, que viven tales valores, que luchan y actúan para promoverlos.

Conclusión

La apropiación de los valores no se realiza solamente escuchando discursos. Es un proceso continuo y prolongado, que toma tiempo en la vida cotidiana y debe comenzar muy pronto en el decurso de la escolaridad, pero de manera sencilla y natural, muy a menudo fuera de la escuela, con ocasión de compromisos concretos, repetidos y diversificados.

Es interesante señalar la coherencia que existe entre los 9 valores prioritarios lasalianos y el desafío de la fraternidad. En efecto, es evidente constatar su convergencia hacia una fraternidad razonada, activa y generosa. Esta dinámica de cordialidad puede existir bajo modalidades apropiadas, en todas las culturas y todas las religiones del mundo, es decir, en la diversidad de la Red Lasaliana.

B3. Para construir una sociedad fraterna

No cabe duda que una relación educativa fraterna y la apropiación de valores de sociabilidad no bastan para crear una sociedad no violenta. No obstante, eso era lo que deseaba Juan Bautista de La Salle en su enfoque utópico de la escuela. Pensaba que la escuela podía cambiar una sociedad realmente alejada de la no-violencia, de la justicia y de la fraternidad. La educación para la cortesía y la urbanidad, la erradicación de todas las formas de violencia en la escuela, la promoción profesional de los desfavorecidos, la adquisición de valores evangélicos... constituían otros tantos caminos para realizar esta utopía. Para que la solución fuese creíble, a todo ello le sumaba la creación de una red coherente y sin cesar en expansión de sus escuelas.

A pesar de todo, el proceso sería largo y difícil, pues la red permanecía muy minoritaria y las resistencias eran considerables. Si analizamos la pedagogía lasaliana implementada desde el origen del Instituto, para conseguir este

objetivo, descubrimos diversos aspectos susceptibles de desarrollar en los alumnos comportamientos, actitudes, relaciones e incluso reflejos de tipo pacífico y fraterno. Lo cual podía constituir una esperanza para el futuro.

1. Una pedagogía del corazón

La pedagogía lasaliana va de corazón a corazón, es espiritual, dice el Proyecto Educativo francés de 1990. Es una pedagogía que contribuye a despertar y mejorar la sensibilidad de los alumnos, a dominar y controlar su emotividad. Hemos recordado ya que “la pedagogía lasaliana es una pedagogía del corazón”. En los escritos de La Salle, es fácil encontrar diferentes referencias en las que invita a los Hermanos y a los maestros a ganar el corazón de sus alumnos.

Conocemos la importancia que atribuía a la ternura en la relación educativa, hasta hacer de ella una prescripción de Regla. No una ternura blandengue y débil. Bajo esta perspectiva, podemos volver a leer las primeras páginas del capítulo de la Guía de las Escuelas sobre las correcciones. En ellas descubrimos una búsqueda de equilibrio entre la firmeza y la amabilidad. La Salle reitera la misma idea en varias Meditaciones.

En la lista de las 12 virtudes de un buen maestro, la ternura y la mansedumbre ocupan un lugar privilegiado. La Salle retoma la misma idea en las Meditaciones 203 y 204 para el tiempo del retiro. A todo ello podemos añadir la amplia exposición que el Hermano Agathon consagra a la mansedumbre en su Explicación de las 12 virtudes de un buen maestro.

En este tipo de relaciones, hasta los momentos dramáticos de la corrección parecen apropiados para educar la sensibilidad: hay que dejar siempre lugar al respeto, a la consideración y a la delicadeza hacia la persona del alumno culpable. Verdaderamente, era ésta una actitud rara en las relaciones pedagógicas de la época del Fundador.

2. Una Pedagogía de la relación

Remplazando la enseñanza individual – generalmente utilizada en su época en la enseñanza primaria – por la enseñanza simultánea, La Salle y sus Hermanos se esfuerzan también por desarrollar un nuevo tipo de relaciones interpersonales en las clases. La lectura de la Guía de las Escuelas nos enseña que esas relaciones estaban caracterizadas por el respeto mutuo, la ayuda

entre los alumnos y la solidaridad. El respeto mutuo, base de la urbanidad cristiana, se demuestra en actitudes y comportamientos en todos los momentos y en las actividades de la clase, especialmente en los desplazamientos ocasionados por la entrada en la escuela, la participación cotidiana en la misa de la iglesia parroquial, el regreso a casa... Las actitudes, las posturas, las apariencias, estaban también precisadas de acuerdo con las reglas de urbanidad.

El recurso a la ayuda mutua – frecuentemente si no constantemente – en el encadenamiento cotidiano de los ejercicios escolares, se prestaba mucho al desarrollo de una sociabilidad fraterna. Los alumnos más adelantados eran invitados a ayudar a los más débiles. De esta forma, el conjunto del grupo progresaba en la solidaridad y no en la rivalidad o la competitividad. Los “oficiales” nombrados por el maestro en cada clase, y que representaban un número importante de alumnos, constituían formas naturales de solidaridad. Estaban al servicio de la clase. Ejercían responsabilidades a veces importantes, para el buen funcionamiento del grupo. En consecuencia, debían ser altruistas, tener un fuerte sentido de la solidaridad y olvidarse, a veces, de ellos mismos. Así se desarrollaban las relaciones en la escuela, lo que permitía escapar del individualismo y de los particularismos corporativistas que caracterizaban la población urbana de aquella época.

3. Una pedagogía del éxito

La organización de las áreas de aprendizaje profano (lectura, escritura, cálculo) con la división de los alumnos en clases, lecciones y niveles de lección, tan homogéneas como fuese posible, permitía a cada alumno progresar a su ritmo y según sus capacidades. Se le ofrecía un trabajo a su medida con el fin de que pudiese tener éxito en los controles organizados al final de cada mes. De ese modo, el alumno se sentía liberado de la ansiedad y de la inseguridad que habría podido experimentar ante los resultados por conseguir. Ello habría sido fuente de nerviosismo y de agresividad y habría desembocado en cierta violencia.

El alumno, así informado cada mes de sus progresos, gracias a evaluaciones precisas, podía avanzar con confianza y cierta seguridad. Podía cultivar la confianza en sí mismo, sentir la alegría del progreso y el orgullo del éxito. Todas estas actitudes excluían la violencia.

Aun cuando no lograrse una certeza absoluta, es posible suponer que el alumno entreveía la posibilidad de un futuro profesional mejor. Dentro de la perspectiva que aquí evocamos era importante que la escuela ofreciese una posibilidad de promoción. Los empleos a los que los alumnos podían aspirar eran, en muchos casos, más estables y mejor remunerados que los que proponían las corporaciones. Se libraban de la angustia del porvenir generador de nerviosismo y de violencia.

4. Una pedagogía del comportamiento

Basada sobre la “modestia” – en el sentido particular de esta palabra en el siglo XVII – y sobre el dominio de uno mismo, esta pedagogía invita a un comportamiento tranquilo, comedido, no violento. En numerosas ocasiones, la Guía de las Escuelas detalla las actitudes que deben adoptar los alumnos (a imitación de su maestro) durante sus actividades escolares y también fuera de la escuela: en la calle, en la iglesia, por ejemplo. Se insiste sobre el hecho de que los alumnos deben controlarse y dominarse siempre.

No cabe duda que esto iba en detrimento de la espontaneidad natural de los niños, pero al mismo tiempo eliminaba los riesgos de arrebatos y de violencia. Este deseo de lograr el dominio de uno mismo es evidente en las prescripciones de la Guía de las Escuelas relativas a los comportamientos en la calle que es un lugar social, un espacio público. Allí era donde se encontraba la mayor violencia en aquella época. La compostura, la calma, el silencio que se pedía a los alumnos, contrastaban fuertemente con el ruido, el desorden, el nerviosismo y la violencia de la sociedad urbana de los siglos XVII y XVIII.

5. Una pedagogía de la interioridad

La Guía de las Escuelas propone múltiples actividades especiales capaces de instaurar la calma en las clases y de desarrollar la interioridad entre los alumnos. Podemos enumerar las siguientes:

- El silencio habitual y el remplazo de las palabras innecesarias por un sistema de “signos” bastante sofisticado y la utilización de la “señal”. Debido al numeroso alumnado habitual de las clases, era muy apropiado a la situación escolar.

- El recurso habitual de motivaciones religiosas a los alumnos, incluso en el momento de realizar las tareas escolares o de elegir la manera de comportarse en la escuela.
- La apelación a la conciencia personal y al sentido de la responsabilidad en caso de olvido o de falta que exigía una sanción.
- La reflexión de la mañana que invitaba a considerar la persona misma, sus comportamientos y sus valores ante las situaciones concretas de la vida corriente o frente a los acontecimientos.
- El recuerdo regular de la Presencia de Dios, con el fin de renovar las motivaciones y de purificar las intenciones de los alumnos. Se repetía cada media hora.
- El examen de conciencia de la tarde con el fin de profundizar el conocimiento de sí mismo y el sentimiento de la propia responsabilidad

Esta educación de la interioridad parece esencial en el proceso educativo. Es precisamente la antítesis de la violencia brutal, ciega e irracional. Y así es como se desarrolla progresivamente la propia libertad.

6. Una pedagogía preventiva

La pedagogía lasaliana es una excelente imagen del adagio: “más vale prevenir que curar”. La lectura de la Guía de las Escuelas basta para convencerse que todo es prevención. Nos damos cuenta de que la prevención está presente permanentemente en:

- La entrevista inicial con los padres que inscriben a su hijo.
- El reglamento interno de la escuela.
- La organización y la disciplina de la escuela.
- Las relaciones entre las personas, alumnos y educadores.
- Los aprendizajes escolares.
- El silencio habitual del maestro y de los alumnos en clase.
- La presencia vigilante del maestro.
- Y también la competencia de los maestros gracias a una sólida formación inicial y continua.

Todo eso debe contribuir a evitar las vacilaciones, las incertidumbres, las causas de nerviosismo o sea todo aquello que podría generar tensión, frustración, desorden, agresividad. En resumen: violencia. Es suficiente con que estos comportamientos pacíficos perduren para que se conviertan en hábitos para toda una vida. Es una apuesta educativa.

7. Una pedagogía de la urbanidad

Tres obras de Juan Bautista de La Salle merecen ser estudiadas en paralelo: “Las Reglas de cortesía y urbanidad cristianas” (1703); las “Reglas Comunes” (1705) y la Guía de las Escuelas Cristianas” (1706).

Las tres presentan convergencias sorprendentes e interesantes, así como una gran coherencia a propósito de la educación para la urbanidad. Las Reglas de cortesía... muestran la concepción de la persona civilizada que cada alumno debe llegar a ser. Las Reglas Comunes prescriben a los Hermanos comportamientos conformes a la cortesía y a la urbanidad de las cuales ellos deben dar ejemplo continuamente. La Guía de las Escuelas presenta una escuela que se convierte en un camino de urbanidad para los alumnos.

Las comparaciones y las transposiciones entre las tres obras son fáciles. Para erradicar la violencia de la escuela y de las personas mismas, para crear hábitos de no-violencia es necesario que los alumnos vivan constantemente según las Reglas de Cortesía y de Urbanidad cristianas. Y es lo que se les pide desde que entran en la escuela. Los seis aspectos de la pedagogía lasaliana que acabamos de presentar dan pistas y medios para preparar a los alumnos a vivir en la no-violencia. Aun cuando la expresión “sociedad fraterna” no era habitual en el siglo XVII, es el más apropiado para evocar el proyecto de educación social de san Juan Bautista de La Salle. Podemos pensar en los fundamentos y en las justificaciones antropológicas que La Salle encuentra en su propia educación y en su fe, así como también en los esfuerzos conscientes y perseverantes necesarios para orientar y acompañar el crecimiento del niño, sobre todo en un medio popular como el de su época. El ideal humano de La Salle era naturalmente el del hombre honrado, un hombre civilizado, ajeno al uso de la fuerza y de la violencia. Es el objetivo ambicioso que se propuso para los hijos de los artesanos y de los pobres que constituían su clientela escolar.

Conclusión.

La escuela debe ser creadora de una sociedad no violenta: es una de las finalidades esenciales. Debe proponer y desarrollar actitudes y comportamientos impregnados de respeto y cortesía en las relaciones interpersonales. Una urbanidad que no se basa únicamente sobre motivos humanos de simple amabilidad, sino más bien sobre una mirada de fe sobre cada persona. Juan Bautista de La Salle tuvo también la prudencia de subrayar que las formas de urbanidad cambian según los lugares, los tiempos y las personas, con tal que queden salvaguardados los fundamentos esenciales de una antropología cristiana.

B4. Por lo tanto: “¡Que vuestra escuela funcione bien!”

Los Hermanos citan de buen grado la expresión que encuentran en diversas ocasiones en las Cartas de san Juan Bautista de La Salle: “que vuestra escuela vaya bien”. Expresión bastante general, pero rica de posibilidades para prestarse a nuestras interpretaciones y expresión de completa actualidad.

Un aspecto bastante evidente: la escuela que funciona bien constituye un medio favorable para la eclosión de la fraternidad. Favorece la serenidad de las personas. La buena marcha de los estudios y la consecución de éxitos, la aceptación tranquila de las reglas de disciplina, la dimensión positiva de las relaciones interpersonales son signos concretos de que la escuela marcha bien. En ella es posible vivir la fraternidad. Si analizamos la manera en que estaban organizadas las escuelas lasalianas al principio del Instituto, podemos fácilmente poner en evidencia algunas estrategias susceptibles de obtener ese resultado.

Reformar la escuela era una iniciativa buena y necesaria, pero no era suficiente: era preciso que el nuevo modelo funcionase bien y permitiese la realización de las expectativas depositadas en él. Esa fue una de las preocupaciones de san Juan Bautista de La Salle y objeto de sus cuidados. Esta preocupación aparece varias veces con mucha claridad en las Cartas que escribió a algunos Hermanos directores. La Salle se situaba al nivel concreto del funcionamiento de las escuelas y es así, a ese nivel, como nosotros podemos detectar las estrategias capaces de obtener tal resultado. Antes de presentar las modalidades, debemos primeramente preguntarnos el porqué de tal preocupación y lo que ella significaba.

1. ¿Por qué preocuparse del buen funcionamiento?

La Guía de las Escuelas contiene numerosas indicaciones que nos permiten comprender las razones del Fundador con respecto al buen funcionamiento de sus escuelas.

- a. Tenía clara conciencia de la situación precaria de los artesanos y de los pobres en la sociedad francesa de la época. Sabía que muchos de ellos encontrarían serias dificultades para conservar su nivel de vida, para sobrevivir sin recurrir a la ayuda pública. Con frecuencia, contaban con la ayuda de sus hijos en cuando encontraban para ellos un trabajo remunerado. De esa manera aportaban su contribución al presupuesto familiar. El trabajo de los niños era habitual en aquella época, incluso antes de los 10 años de edad. A partir de los 7 años, con mucha frecuencia eran considerados como adultos en miniatura: hacerles trabajar no planteaba, de hecho, ningún problema de conciencia.
- b. Con semejante estado de precariedad económica, los padres comprendían mal y aceptaban con dificultad que sus hijos pasaran varios años en la escuela. No veían un interés inmediato. Hay que recordar que la mayoría de tales padres no habían conocido ninguna escolarización y no podían apreciar su utilidad. Así pues, había que convencerlos de dicha necesidad como lo explica ampliamente el capítulo 16 de la Guía de las Escuelas al tratar el problema “De las ausencias”.
- c. Era importante también que la escuela funcionase bien, con el fin de evitar a los padres la tentación de retirar a sus hijos antes del final de su aprendizaje secular. Interrumpir su escolaridad los habría privado de la esperanza o la posibilidad de un futuro mejor. La escuela debía ser eficaz y de manera evidente y constatable en las evaluaciones mensuales. Provocar una pérdida de tiempo a unos alumnos pobres era realmente una grave injusticia para con ellos.
- d. Así pues, en primer lugar, una escuela eficaz en los aprendizajes. Esa eficacia se verificaba en los cambios regulares de orden o de lección (eran los términos utilizados para indicar los grupos de trabajo: una lección comprendía normalmente tres órdenes o niveles). Eficacia

también en el campo de la educación humana, es decir en el cumplimiento de las reglas de la cortesía o de la urbanidad. Finalmente, eficacia en el terreno de la formación cristiana. El mismo capítulo sobre las ausencias dice con toda crudeza que los pobres no se dejan en absoluto convencer por argumentos de tipo religioso, sino más bien por promesas económicas y la perspectiva de un empleo mejor. Tales son pues los argumentos que hay que emplear para convencerlos de no retirar a sus hijos de la escuela.

- e. Recordemos también que, para La Salle, no eran consideraciones de prestigio las que explicaban su deseo de una escuela que funciona bien, sino su preocupación por los pobres y por su promoción en la sociedad. Es oportuno precisar también que no todos los alumnos de los Hermanos eran pobres en sentido estricto, pero la escuela debía “funcionar bien” para todos. Además, conociendo la personalidad del Fundador, podemos pensar que su carácter lo inclinaba a pensar que todo aquello que merece la pena ser hecho, merecer ser bien hecho, como dice un viejo dicho. Él mismo tenía una exigencia de calidad en todo aquello que emprendía.

2. ¿Qué significaba “marchar bien”?

Cuando La Salle empleaba esta expresión sin más precisiones, ciertamente los Hermanos comprendían lo que quería decir. Quizás se trataba de una expresión empleada y comentada en las conversaciones o durante las visitas que el Fundador hacía a las comunidades. En todo caso, seguramente durante “las numerosas conferencias” preparatorias a la redacción de la Guía de las Escuelas. Si tenemos en cuenta el conjunto de los escritos del Fundador, podemos señalar varios aspectos de “una escuela que marcha bien”.

La dimensión disciplinar. Es decir, la organización y el orden. El conjunto del funcionamiento debe llevarse a cabo tranquilamente, sin desorden ni comportamientos reprobables. No escasean los ejemplos concretos:

- El respeto de la puntualidad y de la asiduidad, pues el ausentismo o el retraso eran una plaga en las Escuelas Menores. Es frecuente recordar que La Salle quiso estabilizar a los alumnos. Ausentarse fácilmente o frecuentemente perturbaba gravemente la buena marcha de los aprendizajes, sobre todo en la enseñanza simultánea.

- No perturbar el silencio indispensable para un verdadero trabajo de conjunto. Resulta evidente, sobre todo en una clase heterogénea con varias divisiones. La Guía de las Escuelas dedica todo un capítulo al silencio de los alumnos y del maestro, y con toda razón.
- Los actos de violencia: se trata de un aspecto bastante poco destacado al hablar de la Guía de las Escuelas. No obstante, al principio del capítulo de las correcciones, el texto es muy explícito sobre este tema. Hay que sancionar todas las disputas o peleas entre los alumnos. Se trata de un comportamiento muy grave con respecto a las reglas de cortesía y urbanidad. La violencia es siempre contraria a la relación humana, supone un desprecio de la persona y perturba gravemente el buen orden de la escuela. No es posible tolerar la violencia en una escuela fundada sobre la fraternidad. En consecuencia, ello constituía un motivo de expulsión de los culpables.

La dimensión profana de la formación y de la educación. Resulta evidente que el buen funcionamiento de una escuela no se limita a la disciplina. Para La Salle, la escuela funciona bien cuando es útil y eficaz. Se trata pues de las materias escolares con miras al empleo. Por su misma naturaleza, el método simultáneo exige orden y disciplina, un horario adaptado y equilibrado, una didáctica apropiada para cada materia, un reparto lógico y riguroso de las dificultades por superar. Por tanto, se necesitan maestros competentes para emplear el método, dirigir los ejercicios y adaptar los tiempos. Podía ocurrir que un maestro no pudiese lograrlo, por falta de experiencia o de aptitud. En tal caso, no resultaba muy útil para sus alumnos e incluso podía provocar ausencias o el abandono de la escuela por algunos alumnos. Por tanto, era preciso: o formarlo mejor, o acompañarlo por un maestro con experiencia, o cambiarlo directamente. Pues para tranquilizar a los padres, era necesario que los progresos de los alumnos fueran evidentes.

La dimensión humana y social

- Juan Bautista de La Salle se educó en la cortesía y en la urbanidad primeramente en su familia, luego en el Colegio de los Bons Enfants de Reims. Según parece, él atribuía mucha importancia a este tipo de comportamientos y deseaba difundirlo entre los hijos del pueblo que acudían a sus escuelas e incluso primeramente entre los maestros.

Conducirse con cortesía y urbanidad daba mejores oportunidades de inserción profesional y social, de obtención y de conservación de un empleo. Y hasta se podía disfrutar así de un mayor prestigio social.

- Al leer la Guía de las Escuelas, podemos visualizar el desarrollo de la vida escolar durante la cual los alumnos experimentaban y practicaban las reglas de cortesía y de urbanidad, como un proceso constante y exigente durante todo el tiempo de su escolaridad. Noble ambición educativa para semejante público escolar.
- Fuera de la escuela, otras personas podían observar los resultados de esa educación. Tal fue el caso del obispo de Chartres, Mons. Godet des Marais, que expresó su admiración por la calidad del comportamiento de los alumnos de los Hermanos en las calles de la ciudad. Otras personas, posteriormente y en otras ciudades, expresaron idénticas opiniones. Sobre el particular se pueden leer los “Anales del Instituto” del Hermano Lucard.
- Algunos pasajes de las Guía de las Escuelas llaman la atención e impresionan: son aquellos que describen la entrada de los alumnos en la escuela, los saludos entre el maestro y sus alumnos, la postura del cuerpo durante el trabajo escolar o aún mejor durante las oraciones y el catecismo, luego la salida de la escuela, la ida y vuelta a la iglesia, la manera de tomar el desayuno y la merienda en clase, el regreso hacia la casa familiar. En todas estas situaciones, las exigencias de cortesía y de urbanidad son puestas en práctica.
- Hoy día, como en el siglo XVII, nos damos cuenta que bajo modalidades adaptadas y propias de cada país, cortesía y urbanidad siguen siendo un elemento esencial de la vida en sociedad. Hoy como ayer, se puede apreciar la educación ofrecida en un centro educativo observando el comportamiento de sus alumnos.

Dimensión espiritual y religiosa

Para La Salle, la finalidad última de la escuela era “cristiana” y siempre llamó a sus propias escuelas las “Escuelas Cristianas”, por más que todas las demás de su época lo fuesen también oficialmente. Sea como sea, el título de escuelas cristianas no era ninguna usurpación, si tenemos en cuenta toda la atención prestada a la formación cristiana de sus alumnos. Varios signos concretos permiten verificar los resultados de dicha formación. Por ejemplo:

- La asiduidad de los jóvenes externos al catecismo de los domingos y fiestas.
- El alejamiento de las malas compañías recomendado con insistencia.
- El respeto a los consejos de buena conducta dados en vísperas de las vacaciones.
- La piedad exterior durante los ejercicios religiosos en la clase.
- El estudio del catecismo de memoria.
- La participación recomendada en las manifestaciones religiosas de la corporación a la que pertenecían: fiestas patronales, procesiones, peregrinaciones...

Finalmente, somos conscientes de que una escuela que funciona bien es aquella que da realmente una formación integral a sus alumnos. A nivel institucional, es igualmente una escuela que funciona sin problemas, atrae a muchos alumnos (así lo escribió el mismo La Salle), que no tiene necesidad de recurrir a las correcciones, que es reconocida por su calidad por parte de los padres, los alumnos y la sociedad en general.

3. Estrategias para lograr este objetivo

¿Cómo hacían los Hermanos para obtener el buen funcionamiento de sus alumnos? Podemos apreciar los efectos convergentes de varias estrategias. Ciertamente atañen a la organización, pero más aún a las relaciones en la escuela. La segunda parte de la Guía de las Escuelas lleva por título “De los medios principales que pueden contribuir a establecer y mantener el orden en las escuelas”. Esos medios son 9 y cada uno de ellos es objeto de un capítulo. Es seguro que fueron sensatos y eficaces desde el principio y también más adelante, pues los Hermanos los conservaron, con algunas variantes, en las ediciones posteriores de la Guía de las Escuelas.

a. Estrategia de la presencia

La presencia constante o prolongada del maestro entre sus alumnos es un aspecto esencial de la pedagogía lasaliana desde sus orígenes. El maestro no puede educar a sus alumnos – en el sentido etimológico del término: “guiar fuera de...” – si no se encuentra a su lado de manera continua. Según las indicaciones horarias de la Guía de las Escuelas de 1706, el Hermano pasaba

unas 40 horas por semana en clase durante 11 meses del año. Se trata de una duración suficiente para una observación precisa, un conocimiento personalizado de cada uno. Como ya hemos señalado, un conocimiento mutuo puede facilitar la confianza recíproca. Naturalmente, se trata también de una medida preventiva, una manera de disuadir a aquellos que quisieran perturbar el orden. En los escritos del Fundador, encontramos con bastante frecuencia las palabras “velar” o “vigilancia”, con toda la riqueza de su contenido educativo. Se trata, en efecto, de una presencia que tranquiliza, que constituye una responsabilidad espiritual del maestro, que aleja al alumno de los eventuales peligros morales a la vez que garantiza el orden y anima al trabajo.

b. Estrategia de la fraternidad

Es precisamente durante esta presencia cuando se entabla poco a poco una relación educativa personalizada, cordial y fraterna. Ello exige la proximidad y debe conducir a una confianza recíproca. Esa es la razón por la que decimos que la pedagogía lasaliana es una pedagogía del corazón, un camino hacia la fraternidad universal. Esta voluntad de fraternidad cambia profundamente la situación pedagógica, el clima de la clase. Varias investigaciones pedagógicas recientes han constatado que eso influye incluso sobre las condiciones del aprendizaje y lo hacen más eficaz. El alumno trabaja tanto con su sensibilidad, sus relaciones, como con sus capacidades intelectuales. Todo ello actúa junto. Por supuesto, no se llega a una sociedad fraterna de golpe. Ciertamente, La Salle lo sabía y por eso insiste sobre algunas medidas previas: necesidad de eliminar de la escuela todas las formas de violencia, creación de una relación educativa intensa, desarrollo de la ayuda mutua y del compartir entre los alumnos, invitación a alumnos para participar en el funcionamiento de la clase aceptando los oficios, preocupación por los demás manifestada de diversas formas concretas...

c. Estrategia del éxito

El éxito constatado puede tranquilizar a los padres y animar a los alumnos en sus esfuerzos. Los maestros deben desarrollar una pedagogía eficaz. Naturalmente, el éxito inmediato satisface a todo el mundo: alumnos, padres y maestros. Da la impresión de que la escuela va bien y que es eficaz a los ojos de los padres que pudieran tener sus dudas. La Escuela Lasaliana desde sus orígenes, con el modo simultáneo, la organización minuciosa, el orden y

metodología, tuvo éxito. Para La Salle, una escuela que funciona bien es aquella que obtiene buenos resultados y da satisfacción a los padres. Evidentemente, todos los educadores y educadoras buscan el éxito de sus alumnos y hacen todo lo posible por obtenerlo. Es su responsabilidad. Lo que me gustaría señalar, a propósito de los orígenes, es que La Salle y los Hermanos pusieron en marcha una organización escolar bastante flexible para permitir a cada alumno trabajar a su nivel personal. Combinaban también las ventajas del modo simultáneo con las del modo individual. Los alumnos y sus padres de ese modo se sentían orgullosos por el éxito. Excelente método para desarrollar relaciones de confianza, de cordialidad y de fraternidad.

d. Estrategia de la competencia

No cabe duda de que no todos los maestros tenían las mismas capacidades ni la misma competencia para enseñar y educar. No obstante, es evidente que lo esencial para que una escuela funcione bien es la calidad de los maestros: su formación inicial y continua, su motivación, su compromiso en la tarea educativa, su experiencia en el oficio... Ahora bien, la formación de los maestros fue una de las principales preocupaciones de Juan Bautista de La Salle durante 40 años. Basta con leer las Meditaciones para el tiempo del retiro para darse cuenta de la visión que tenía del ministerio del maestro cristiano. El funcionamiento de la escuela dependía, ante todo, de la calidad de los maestros.

e. Estrategia de la coherencia asociativa

En el proyecto de Juan Bautista de La Salle, el maestro no trabaja nunca solo y el buen funcionamiento de una escuela no depende nunca de una sola persona, aun cuando la misma tenga muchas capacidades y competencias. Es siempre el resultado de la actuación coordinada de una comunidad educativa. Una comunidad unida en y por un proyecto educativo que debe lograr el éxito. Lo sabemos muy bien hoy día. Desde 1691, es lo que llamamos el trabajo “en asociación”. A diferencia de las Escuelas Menores de su época, La Salle quiso siempre confiar sus escuelas a comunidades educativas asociadas, estables y abiertas. Se dio cuenta que la asociación exigía de sus miembros la disponibilidad y la movilidad con el fin de facilitar el discernimiento y ofrecer respuestas adaptadas a las necesidades de los jóvenes. Para tales actitudes era para lo que preparaba la formación inicial

de los maestros, teniendo en cuenta el estilo de funcionamiento de la Red de las escuelas lasalianas. Todo eso nos es bien conocido, pues, desde hace algunas décadas, venimos insistiendo, con razón, sobre esta dimensión asociativa.

Sin embargo, desde los orígenes, hay un aspecto de la Guía de las Escuelas que debe ser destacado, a propósito del buen funcionamiento de las escuelas. No se trata tan sólo de asociar a los Hermanos y a los educadores laicos: a ello hay que sumarle también los padres y los alumnos. A pesar las dificultades particulares de la época (pobreza de las familias, horario cotidiano de trabajo profesional: desde el alba a la puesta del sol), los padres debían participar en la escolarización de sus hijos, animarlos a no ausentarse y a presentarse puntualmente en la escuela con todo el material de trabajo requerido... Las entrevistas con el maestro o con el inspector de la escuela, cuando surgía una dificultad particular, eran una manera de contribuir al buen funcionamiento de la misma. Los mismos alumnos se encontraban comprometidos de diversas maneras en su funcionamiento, siendo la más visible la de los oficios que les eran confiados, ya que atañían a la disciplina, la asiduidad, la puntualidad, las ausencias, el orden material de la clase, la ayuda a compañeros en situaciones difíciles, los desplazamientos fuera de la escuela. Además del buen funcionamiento, eso desarrollaba en ellos la solidaridad, las relaciones sociales, el apego a la escuela, la vida en sociedad.

Conclusión

Cinco estrategias o cinco desafíos: el conjunto puede parecer complejo. En realidad, no lo es tanto, pues podemos observar que los cinco presentan un rasgo común: se trata siempre de personas y de sus relaciones en la escuela. Y no hablamos tan sólo de relaciones afectivas, puesto que en una escuela existen necesariamente relaciones profesionales, relaciones funcionales y hasta relaciones inconscientes, que todas son importantes.

No se trata de mezclarlo todo, muy al contrario: lo relacional no impide el respeto de los estatus y de las tareas de cada uno o cada una. Los adultos no pueden olvidar sus responsabilidades, ni los alumnos sus deberes. Pero cuando se establece un espíritu fraterno, responsabilidades y deberes no impiden la cooperación, la tolerancia, la confianza y el compartir las tareas. La dimensión relacional es el telón de fondo de la pedagogía lasaliana.

Evidentemente, se podría modificar el orden de presentación de las cinco estrategias y ubicar como el primero y por encima de todo el funcionamiento asociativo, pues la asociación es capaz de garantizar todas las demás estrategias y organizarlas: presencia, eficacia, fraternidad, confianza, participación son necesariamente el fruto de un verdadero trabajo en asociación. Es importante que ésta sea auténtica, viva y dinámica.

C. ACTUALIDAD DE LA FRATERNIDAD LASALIANA

C1. Perennidad del proyecto de fraternidad

Aquel compromiso inicial al servicio de la fraternidad no desapareció a la muerte de san Juan Bautista de La Salle. Tuvo continuidad y se ha ido renovando hasta la actualidad.

De ello encontramos las pruebas en las Actas de los Capítulos Generales del Instituto y en las sucesivas ediciones de la Guía de las Escuelas; a veces en las Circulares de los Superiores Generales. Retomemos las principales características de la fraternidad que ya hemos comentado anteriormente.

1. Una Fraternidad cordial

La misma condujo a los Hermanos a tomar varias decisiones significativas.

- a. **En la edición de 1720 de la Guía de las Escuelas** — por tanto, poco después de la muerte del Fundador — y a petición del Capítulo General de 1717, se decidió que, para instaurar la fraternidad en la escuela, era preciso renunciar a la práctica tradicional de los castigos corporales que estaban en vigor a todos los niveles tanto de la escolaridad como en las familias. Obviamente esa había sido una preocupación de Juan Bautista de La Salle desde el inicio de su compromiso con la escuela. Pero la cuestión era difícil de regular. Por eso, en la edición de 1720, el capítulo de las correcciones en la Guía va precedido de un prólogo bastante largo que pretende clarificar la posición lasaliana sobre este tema difícil. El objetivo es llegar a “una escuela que funcione bien” y uno de los signos de que se lo ha alcanzado es cuando ya no existe necesidad de correcciones.
- b. **Dentro de esa misma lógica, el Capítulo General de 1777**, en previsión de una nueva edición de la Guía de las Escuelas, decidió que “se suprimirá lo que se refiere a la corrección mediante varas y con látigo, cuyo uso el Capítulo cree deber prohibir a los Hermanos, vista la indecencia y los inconvenientes de este tipo de corrección”. Es un paso más en la lógica de la orientación pedagógica general.
- c. **El Capítulo General de 1811** señala el renacimiento de la Guía de las Escuelas, tras la tormenta de la Revolución Francesa (1789-1799) y el torbellino del Primer Imperio. Esta nueva edición retoma numerosos párrafos de las ediciones del siglo XVIII, pero introduce

nuevos puntos particularmente interesantes. Es un intento de pasar de una pedagogía represiva a una pedagogía de la motivación y de la emulación: “Con vistas a conformar nuestra educación a la delicadeza de las costumbres actuales, hemos suprimido o modificado todo aquello que contenga la corrección aflictiva... Nos atrevemos a prometer que nuestros carísimos Hermanos, gracias a estas ayudas, tan eficaces como agradables a un corazón generoso, serán capaces de suprimir toda clase de castigos corporales”. El texto explica luego brevemente que el uso de castigos corporales es incompatible con el estado de vida de un Hermano. Lo expresa en los términos siguientes: “¿Cómo la mano de un Hermano de las Escuelas Cristianas podría convertirse en un instrumento de dolor? El solo nombre de Hermanos, ¿no supone entrañas de mansedumbre, de humildad, de ternura y de misericordia? ¿Por qué el Señor de La Salle, nuestro carísimo padre, nuestro ilustre y santo Fundador, por qué quiso que tomásemos el nombre de Hermano, y que no permitiésemos nunca que se nos llame de otra manera? Es porque con ello, quería facilitarnos la ternura”.

- d. El rechazo de la Enseñanza Mutua.** Este modo de enseñanza apareció en Francia después de 1815 y muy rápidamente entró en oposición con el “Método de los Hermanos” – como se decía entonces”. Es decir, el modo simultáneo. Fue en el prefacio de la edición de 1838 de la Guía de las Escuelas, donde los Hermanos resolvieron justificar su rechazo del Modo Mutuo. Escribieron: “El Método Simultáneo-Mutuo, al sumar a las ventajas del método puramente simultáneo, la de ocupar más segura y útilmente a los alumnos, puede producir muy buenos resultados. Es el modo que indica la presente Guía para todas las lecciones que pueden hacer uso de él”. Los redactores de este texto no habían olvidado que, desde el principio, la Escuela Lasaliana había acompañado el Modo Simultáneo con diversas formas de utilizar el empleo de monitores, confiado a los compañeros más avanzados. Eso se parecía a las tareas de los alumnos-monitores de la enseñanza mutua. Pero, sobre todo, como lo subrayan en el párrafo siguiente, ellos no querían perder lo esencial de la educación: la relación personalizada con cada alumno. “Las ventajas del método simultáneo son incontestables, sobre todo en una escuela bastante numerosa para exigir varios sub maestros,

pues de ese modo cada uno de ellos al tener pocas subdivisiones, puede dar a los niños que las componen, lecciones más prolongadas, cuidados más asiduos. Pero, especialmente, lo que da mérito a este método, es que, poniendo continuamente al maestro en contacto con sus alumnos, le proporciona los medios de desarrollar sus facultades intelectuales, de estudiar sus caracteres y sus inclinaciones y de formar así sus corazones en la virtud”.

- e. **1860: Época del Hermano Philippe.** La nueva edición de la Guía de las Escuelas, en 1860, insiste particularmente sobre los diversos medios para lograr el orden y el trabajo de los alumnos. En el capítulo sobre la emulación, la enumeración de los medios a ser aplicados cuenta con 14 ítems, todos positivos. Ese mismo capítulo prohíbe las “correcciones” para no conservar más que los “castigos”. Hay que recordar aquí dos pasajes de la Circular del Hermano Philippe, del 20 de febrero de 1864: “Creemos igualmente útil llamar de nuevo la atención de nuestros carísimos Hermanos, sobre la prohibición de todas las correcciones afflictivas, sean de la clase que sean”. “Según las leyes del estado, todo delito debe ser castigado según su gravedad, las circunstancias que lo acompañan y las consecuencias que puede tener en la sociedad. Ahora bien, según esas mismas leyes, toda corrección afflictiva, todo golpe dado a un niño, ya sea con la mano, el pie, una regla, la férula... está considerado como delito y puede llevar a quien se haya hecho culpable, ante un tribunal correccional, merecer una prohibición, una multa, la cárcel...”

- f. **El buen ejemplo del “hermano mayor”.** “Hay una obligación de tal importancia, que todas las virtudes se asocian para prescribírsele al maestro: es la de dar constantemente buen ejemplo a sus alumnos, y para ello ser él mismo verdaderamente virtuoso. En efecto, el ejemplo es el primero, el más general, el más poderoso de los medios de enseñanza; para la educación del corazón, basta casi con él solo, mientras que nada puede suplirlo”. Y para dar buen ejemplo, es necesario no caer en ciertas debilidades: “nada de familiaridad, nada de intimidad, ninguna gestión, ninguna palabra, ningún signo que no pueda ser confiado a un padre o a una madre, sin comprometeros, o incluso exponeros a la más mínima confusión, la más ligera inquietud”. (Circular del 15 de enero de 1849). En el comentario sobre la virtud de la “firmeza”, la Guía de las Escuelas de 1860

concluye con las siguientes señalizaciones, muy exactas: “El maestro tendrá cuidado de no inspirar a los niños un temor excesivo porque éste embrutece la mente y hace imposible el estudio y la reflexión; porque envilece el corazón y hace perder los sentimientos elevados que constituyen el carácter propio de los cristianos; porque produce horror hacia la enseñanza y hacia la escuela; porque, coloca a los alumnos en un estado de sumisión, que exige una reacción por su parte y un modo de amenaza constante y, finalmente, arruina su autoridad. Así pues, un buen maestro, no sólo es notable por su firmeza, sino también y sobre todo por su delicadeza”.

- g. A partir de 1875.** Con la aparición y el desarrollo de las ciencias humanas y la necesidad de tomar en cuenta la internacionalización del Instituto, los Superiores Generales y los Capítulos vieron la necesidad de formular claramente las características de la pedagogía lasaliana y la importancia de la formación profesional de los Hermanos. Y así, asistimos a una recrudescencia de las circulares de gran calidad, a el enriquecimiento de las ediciones de la Guía de las Escuela, a la publicación de diversos tratados de pedagogía, a la creación del Boletín del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y a la traducción en inglés y español de determinados documentos oficiales entre ellos las circulares y la Guía de las Escuelas. Más recientemente, aparecerán: la “Declaración” de 1967, luego las “Características de la Escuela Lasaliana hoy” y la proliferación de “Proyectos Educativos Lasalianos”. La evolución de las sociedades, de las culturas y de las ciencias es tan rápida que las revisiones periódicas de tales documentos resultan indispensables.

2. Una Fraternidad cortés

Desde 1706, la Guía de las Escuelas presentaba la buena educación y la urbanidad como un componente central y continuo de la educación de los alumnos. En el siglo XIX, las reediciones del texto cambian los términos y hablan de “lecciones de buena educación” y las abordan en un capítulo especial. Dichas lecciones continuaron durante el siglo XX en las escuelas y en la formación inicial de los Hermanos. Ello manifiesta una preocupación constante y esencial en la educación humana. El tema sigue estando de candente actualidad. Nos gusta hablar de buena educación y de falta de urbanidad. En efecto, cuanto desaparece la urbanidad, el tejido social se

desmorona, la vida en común se vuelve problemática cuando no imposible. Es el drama actual de muchas sociedades. Respetar las reglas de la buena educación sigue siendo una ventaja suplementaria de inserción social y de promoción profesional.

3. Una Fraternidad solidaria

Para Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos, esta solidaridad hacía referencia en primer lugar a los mismos alumnos en sus actividades escolares. Pero hemos visto que La Salle estaba atento a otras formas de solidaridad extraescolar, lo cual lo condujo a ciertas creaciones educativas particulares. Esta fraternidad solidaria se fue ampliando progresivamente a medida que el instituto se desarrollaba. Se extendió a jóvenes que sufrían de diversas carencias educativas o pastorales. En los siglos XIX y XX, el abanico de creaciones educativas se amplió considerablemente. El 16 de abril de 1859, por ejemplo, el Hermano Philippe, Superior General, recibido en audiencia privada por el Papa Pío IX, tuvo la oportunidad de exponerle una serie de creaciones recientes en favor de varios grupos sociales necesitados: los aprendices, los obreros, los prisioneros, los huérfanos, los soldados y los sordomudos... Más adelante se le sumaron: las obras de perseverancia, las asociaciones caritativas para jóvenes, la obra san Francisco Javier, la obra san Benito José Labre, el acompañamiento del primer sindicato obrero cristiano... El siglo XX ha sido también prolífico en la diversificación de las obras extraescolares en el conjunto del mundo lasaliano. Tan sólo algunos ejemplos: orfanatos, centros para drogodependientes, ciudades de los muchachos, pueblos itinerantes, cursos de alfabetización para jóvenes o adultos, promoción de minorías étnicas, cursos de recuperación, apoyo escolar, grupos de jóvenes voluntarios, campamentos de vacaciones. Son otros tantos testimonios multiformes de fraternidad que pretenden reintegrar a las personas con dificultades: ya sea en la escuela, en la Iglesia, en la sociedad, por medio de la educación, pues toda acción de integración social contribuye a la fraternidad humana.

4. Una Fraternidad participativa

Ya hemos presentado el sistema de los “oficiales” en las escuelas del siglo XVII y varios otros tipos de actividades confiadas a los alumnos, para el buen funcionamiento de la clase y de la escuela. Los “oficios” han variado progresivamente en las ediciones posteriores de la Guía de las Escuelas, después de la de 1720. En el siglo XIX, aparecen nuevos oficios. La voluntad

de responsabilizar a los alumnos en la buena marcha de la clase no cesa. Y es deseable, pues contribuye a la educación de su libertad y de su sentido de las responsabilidades. El siglo XX ha contemplado, en diversos países del mundo, métodos de trabajo que exigen un fuerte compromiso de los alumnos. Por ejemplo: el trabajo en pequeños grupos, el trabajo personalizado, las fichas de enseñanza programada, las máquinas de enseñar, el Programa de Enriquecimiento Instrumental, la enseñanza asistida por ordenador... Algunos Hermanos se han sentido muy interesados y, a veces, han contribuido a promover tales técnicas de trabajo que exigen una fuerte participación de los alumnos. Cabe observar que, en cada uno de estos movimientos pedagógicos, el educador desarrolla un papel de “mediador”, que le pone en contacto con cada alumno y exige de él iniciativa, esfuerzo y responsabilidad. Por tanto, resulta muy formativo para él. El atractivo hacia tales métodos puede explicarse también por el hecho de que los Hermanos encuentran en ellos nuevas maneras de realizar la enseñanza “a medida” como la encontramos en la Guía de las Escuelas.

5. Una Fraternidad ambiciosa

Desde el inicio, la Escuela Lasaliana ha demostrado ser ambiciosa para sus alumnos. Era imprescindible para rescatar a los niños pobres de una situación económica, cultural y religiosa muy difícil. Abrirles un camino de promoción en estos tres campos era un proyecto digno de elogio. Pero la evolución de la sociedad exigía un nivel de calificación cada vez más elevado. Podemos constatarlo contemplando los progresos de la civilización a lo largo de los tres últimos siglos. En referencia a la Escuela Lasaliana esto se tradujo en la necesidad de enriquecer los programas de enseñanza. Esta “fraternidad ambiciosa” es una constante en la historia del Instituto. Recordémoslo brevemente:

- Las iniciativas particulares del Fundador mismo, fuera de la escuela propiamente hablando.
- Los programas más complejos y más exhaustivos de los pensionados abiertos en varias ciudades durante la segunda mitad del siglo XVIII.
- La adopción inmediata de nuevos aprendizajes en la escuela, propuestos por la Ley Guizot de 1833: Historia, Geografía, Ciencias de observación, Canto, Dibujo lineal.
- La reapertura y la multiplicación de los pensionados en la misma época y los proyectos de una “Guía de los pensionados”.

- La constitución progresiva de una Enseñanza Secundaria Moderna – es decir sin latín (que los Hermanos se auto prohibieron) – durante la segunda mitad del siglo XIX, enseñanza que condujo a la creación de un bachillerato moderno.
- La introducción en la Guía de las Escuelas de 1903 y de 1916, de nuevos cursos de estudio que se habían vuelto útiles o necesarios para determinados empleos: Dactilografía, Taquigrafía, Dibujo artístico, Gimnasia.

Podríamos multiplicar los ejemplos teniendo en cuenta lo que ha ido pasando en el conjunto de la Red Lasaliana en el mundo del siglo XX. En la base de estas innovaciones se encuentra el deseo de ofrecer a los alumnos todo lo que aparece de nuevo y útil para su futuro profesional y su inserción en la sociedad. Eso explica la evolución global del Instituto en función del incremento de los niveles de cualificación, dando origen a la apertura de centros de enseñanza secundaria, técnica, universitaria. Juan Bautista de La Salle, que no quería excluir a nadie de sus escuelas, debe sentirse encantado con esta evolución.

6. Una Fraternidad universal

El dinamismo asociativo lasaliano ha demostrado ser vital en varios momentos de la historia del Instituto. Condujo a los Hermanos a dar respuesta a las necesidades educativas y pastorales de un número siempre creciente de países.

- A partir de 1702, Italia fue el primer país en recibir una Escuela de los Hermanos, en Roma, y algunas escuelas más aparecieron en este país a lo largo del siglo XVIII. Italia se convirtió también en el “país refugio” de los Hermanos Franceses durante la Revolución Francesa.
- En el siglo XIX, el número de países que tenían obras lasalianas no cesó de crecer. Fue la época de la internacionalización del Instituto.
- La ley francesa del 7 de julio de 1904 obligó a más de 3.000 Hermanos a expatriarse, completando así la globalización del Instituto, pero también la creación de numerosas comunidades internacionales.

Es posible atribuir este amplio dinamismo de la Asociación que garantiza: la cohesión de los equipos educativos, la calidad del discernimiento colectivo en relación con las necesidades locales, la fuerza de la estabilidad en un proyecto común, la disponibilidad y la solidaridad de los miembros de una comunidad, el calor de la convivencia y la posibilidad de apertura a lo universal.

Eso es lo Juan Bautista de La Salle esperaba de los Hermanos y de las comunidades y es lo que se ha ampliado y perpetuado. Es nuestro patrimonio común y la garantía de nuestro futuro. Lo que los lasalianos buscan en la acción educativa es una fraternidad universal, en un mundo diversificado. La fraternidad se descubre y se vive en el día a día, en las relaciones, los encuentros, los servicios y los compromisos de todo tipo. Pero, se trata de una fraternidad que supera los límites de países, lenguas, razas y religiones. Los centros educativos lasalianos están abiertos a todos aquellos y aquellas que quieran venir a ellos. Y queremos que todos encuentren en ellos tolerancia, integración, comprensión y ayuda mutua en la fraternidad.

7. Una Fraternidad evangélica

En la época del Fundador, la formación religiosa de los alumnos era más sencilla que ahora, pero la escuela lasaliana le otorgaba un puesto muy importante. En lo cual no ha habido contradicción desde entonces. La globalización del Instituto modifica profundamente la problemática, especialmente en los centros educativos donde existe un gran pluralismo religioso. Cuando la tolerancia y el buen entendimiento entre los alumnos de religiones diferentes reinan en la escuela, eso es ya un buen ejemplo de fraternidad y de ecumenismo. Podemos hacer alusión a un pasaje de la Meditación 198, en la que La Salle escribe a propósito de los alumnos: “Que sean mansos y bondadosos los unos con los otros, perdonándose mutuamente como Dios los perdonó por Jesucristo. Y que se amen unos a otros como los amó Jesucristo”. Hermoso programa de fraternidad social, quizás utópico, ¡pero tan evangélico! Los responsables de pastoral en los centros educativos podrían hacer de él su objetivo principal...

C2. Testimonio personal sobre la Fraternidad vivida

Muchos Hermanos podrían dar testimonio de la fraternidad que han vivido, del ambiente que han encontrado en los centros escolares o en encuentros internacionales, en actividades comunes con Hermanos o Seglares de otras nacionalidades. El estilo de vida actual favorece cada vez más tales encuentros. Como muchos otros Hermanos, yo he sido testigo del incremento del número de laicos – hombres y mujeres – en los centros educativos lasalianos. También a ellos les incumbe la fraternidad.

1. Vivir en una comunidad internacional

Revisando el itinerario de mi vida en el Instituto, constato que he pasado más de la mitad del tiempo en comunidades internacionales:

- 14 años en Italia: Bordighera y Roma (Noviciado y Escolasticado misionero, luego Casa Generalicia.)
- 6 años en Madagascar: Tamatave 4 y Antananarivo 2.
- 26 años en París, Rue de Sèvres.

Cada vez fue una oportunidad de variados descubrimientos: mentalidades, culturas, modalidades de relaciones, comportamiento... Era un enriquecimiento natural, a veces inconsciente. Las diferencias suponían un fortalecimiento del espíritu de tolerancia, una apertura a las ideas, costumbres, maneras de trabajar, de rezar. Pero la unidad profunda procedía de una historia común, de múltiples referencias idénticas y de compromisos similares en un proyecto global común. Era también una espiritualidad particular, obras comunes, un estilo de vida a veces diferente. Por tanto, había que aceptar realizar esfuerzos de adaptación, de compatibilidad. Para comunicar mejor, se debían superar las barreras de las lenguas y por tanto estudiar algunas de ellas.

2. La oportunidad de una experiencia escolar particular

Mi primera experiencia de la enseñanza tuvo lugar en Madagascar y en dos colegios diferentes:

1953-54 y 1961-64. Cuatro años en el Colegio San José, convertido en 1962 en el Colegio Stella Maris. Los profesores, entonces, eran casi todos Hermanos. Pero una comunidad muy variada, compuesta de Hermanos de

la Reunión, de Mauricio, de Madagascar y de Francia, a los cuales se añadieron, después de 1960 algunos españoles y un colombiano. Todos trabajaban en condiciones materiales de pobreza real, con poco material pedagógico y en un clima extenuante. Pero siempre con un espíritu fraterno y un notable ambiente alegre. Como verdaderos “Hermanos”.

La procedencia de los alumnos presentaba también una gran diversidad social:

- De razas: negros, blancos, amarillos.
- De lenguas: francés (obligatorio en la escuela), malgache, inglés, indio, chino, criollo.
- De nacionalidades: malgaches, franceses, chinos, indios, mauricios, (los de la isla de la Reunión tenían la nacionalidad francesa).
- De religiones: católicos, calvinistas, adventistas, budistas, musulmanes, y sin duda agnósticos.

En el momento de las inscripciones, no existía ninguna discriminación. Lo cual daba lugar a una diversidad social compleja, variable, pero sorprendentemente pacífica y tolerante. De esos 4 años no conservo recuerdo alguno de problemas entre los alumnos dentro del centro escolar. Fue una experiencia significativa que considero como ejemplar para un centro educativo lasaliano, un testimonio de fraternidad universal. Los alumnos se mostraban asiduos, generalmente puntuales, trabajadores y disciplinados.

1954-1956: Antananarivo — Colegio Sagrada Familia. Se trataba de un medio diferente al de Tamatave, pero igualmente ejemplar de lo que yo llamo la fraternidad lasaliana:

- Las enseñanzas eran, casi todas, impartidas por Hermanos, esencialmente malgaches, porque yo fui la única excepción durante el primer año. Dos profesores seculares malgaches y un francés daban también algunas clases.
- Los alumnos eran también todos malgaches y en su gran mayoría provenientes de las dos principales tribus de Madagascar: los Merinas y los Betsileos. La diversidad era sobre todo religiosa: una pequeña mayoría de católicos y un importante porcentaje de protestantes: anglicanos, calvinistas, luteranos.

- Lo que resultaba notable era el buen entendimiento entre todos, las relaciones pacíficas y cordiales, una especie de ecumenismo en el día a día. Los protestantes participaban en la catequesis y en la eucaristía. Esta dimensión ecuménica es, por lo demás, una característica del cristianismo en Madagascar.

3. Una acogida fraterna en el mundo entero

Sin haberlo buscado expresamente, mis actividades me han permitido encontrarme con numerosas comunidades en los 5 continentes. Con frecuencia desconocido para los Hermanos que me recibían, me quedaba sorprendido por la acogida fraterna, cordial y generosa. Una simple enumeración de esos países, permitirá hacerse una idea de la riqueza de dicha fraternidad:

- Europa: Inglaterra, Holanda, Bélgica, Suiza, Austria, Italia, España.
- África: Costa de Marfil, Camerún, Ruanda, Etiopía, Yibuti, Burkina-Faso, Níger, Benín, Togo, Madagascar, La Reunión, Mauricio.
- América: Canadá, Estados Unidos, México, Venezuela, Perú, Bolivia.
- Asia: Israel, Palestina, Vietnam
- Oceanía: Nueva Caledonia.

Esta lista prueba que el espíritu de acogida y de fraternidad sigue siendo una característica lasaliana universal. Cabe precisar que, en la mayoría de estos países, estuve en diversas ocasiones y en varias comunidades. Es también la traducción concreta del espíritu de asociación que es nuestro patrimonio común desde los orígenes del Instituto.

4. Las Hermanas Lasalianas

Como consecuencia de los cambios de comunidad, tuve el placer de pasar el verano de 1958 en la comunidad de Aviñón, en compañía del Venerable Hermano Jean Fromental, Fundador de las Hermanas Guadalupanas de La Salle. Más tarde, tuve la oportunidad de encontrarme con comunidades de Hermanas en México y efectuar para ellas algunas investigaciones biográficas sobre su Fundador, puesto que somos vecinos compatriotas. En numerosas ocasiones, he sido acogido calurosamente en las comunidades de la Hermanas en la Casa Generalicia de Roma, en México, en Perú, en Bolivia y en Madagascar.

También, con ocasión de mi estancia en Vietnam, pude conocer a las Hermanas Lasalianas fundadas en ese país.

Esas son otras tantas ocasiones de reencontrar el espíritu fraterno que anima a todos los componentes de la Familia Lasaliana.

5. Una encuesta de 1984

En 1983, llegado a Roma como Secretario de Educación, se me pidió efectuar una encuesta en todos los Distritos del Instituto, con el fin de precisar cuál era la percepción sobre la Escuela Lasaliana en los diferentes países. El escrutinio de las respuestas dio lugar a una síntesis. Los aspectos que sobresalían más en ese documento eran los siguientes. La Escuela Lasaliana es elegida por las familias:

- Por la sencillez y la cordialidad de su acogida.
- Por la atención prestada por los educadores a cada alumno personalmente.
- Por las relaciones fraternas en los centros educativos.
- Por la dimensión humana de la vida escolar.

Estos elementos permiten un enfoque más objetivo de la realidad y confirman las impresiones personales mencionadas anteriormente. Podemos añadir también que esta fraternidad se ve reforzada por los lazos que se crean actualmente entre los distritos y los centros educativos gracias a:

- Los hermanamientos entre escuelas,
- Las estructuras de la misión compartida a todos los niveles.
- Los intercambios pedagógicos.
- Los proyectos de solidaridad.
- Los organismos de acompañamiento: Secoli, Semil, Proyde, Voluntarios Lasalianos, Assedil, Unión de las Universidades Lasalianas.
- Etc...

Todo ello contribuye al dinamismo de la Red Lasaliana. Y así: “Fiel a sus orígenes, la Escuela Lasaliana se caracteriza por un espíritu comunitario en el que cada uno, según su lugar y su función, comparte sus talentos, sus posibilidades, sus preocupaciones y sus medios”. (Características de la Escuela Lasaliana hoy, Roma, 1987).

Para concluir, desearía evocar dos situaciones dramáticas, en las que me he visto implicado y que me impresionaron fuertemente. Periódicamente pienso en ello, pues las mismas me parecen manifestar la fuerza de la fraternidad.

- La primera tuvo lugar durante la Sesión del CIL, en Roma, en el mes de febrero. Era en la época de la “Guerra de las Malvinas”, entre Inglaterra y Argentina. En el grupo del CIL, había dos Hermanos ingleses y dos Hermanos argentinos. Naturalmente se sentían atañidos. Uno de los dos argentinos se sentía fuertemente preocupado por esa guerra. Lo cual se manifestaba, en particular, durante las oraciones comunitarias en que intervenía a menudo para solicitar la oración de todos los cillistas en favor de la paz. Lo que me impresionó particularmente fue que no hubo la menor manifestación de rechazo o de hostilidad entre los Hermanos de los dos países. La fraternidad más fuerte que la guerra...
- El segundo episodio sucedió en el CELAF de Abijan, durante el mes de mayo de 1994, el momento álgido de lo que se llamó “El Genocidio Ruandés”. Entre los escolásticos, había cuatro Hermanos Ruandeses: 2 Hutus y 2 Tutsis. Yo estaba presente para dar un curso de Historia Mundial de la Educación en tercer año. Los medios de comunicación daban cada día noticias del desarrollo de los combates en Ruanda. Uno de los Hermanos ruandeses conoció la masacre de una parte de su familia. La tensión estaba a tope. Los cuatro Hermanos Ruandeses intervenían con frecuencia, por turno, invitando a rezar por la paz. Al final del curso, los estudiantes de tercer año debían escribir una larga disertación para explicar cómo se había realizado el paso de la educación tradicional a la educación moderna, en su país. En su trabajo, el único Hermanos ruandés de tercer año, expresaba angustia ante lo que sucedía en su país. Él jamás hubiera

creído que eso fuera posible. A pesar de todo, durante todo el mes, ninguna palabra, ningún gesto, por parte de los Hermanos ruandeses vino a manifestar cualquier agresividad hacia los dos de la otra etnia. El Evangelio, la fraternidad, pueden superar un genocidio...

Conclusión

En 1682, la palabra “Hermanos”, para nombrar el nuevo Instituto, no fue una simple etiqueta, sino la expresión de una vivencia profunda por el grupo de maestros reunidos en torno de Juan Bautista de La Salle. Se trataba de nombrar el estilo de sus relaciones, como laicos y con miras a la educación de los jóvenes. Esta fraternidad debía extenderse naturalmente a todos sus alumnos. Por tanto, eso concernía: al conjunto de las relaciones en la escuela, al tipo de organización interna, a la naturaleza democrática del poder ejercido y a la apertura al medio social, profesional y eclesial.

Con la evolución, eso mismo atañe ahora a todos los educadores y educadoras laicos que colaboran en los centros educativos lasalianos de todo el mundo. Ellos constituyen la gran mayoría de la Red.

Para garantizar la perennidad de esta incipiente Red, a partir de 1694, los Hermanos emitieron el voto de Asociación, que se convirtió en el centro mismo del funcionamiento del Instituto. El espíritu que debe animar ese funcionamiento, es la fraternidad. Es lo que le da fuerza y atractivo, pues ese espíritu humaniza las relaciones a todos los niveles y contribuye a evangelizar las relaciones.

Asociación y fraternidad son indisociables: se refuerzan y se enriquecen mutuamente. La asociación crea una sinergia que canaliza y armoniza la comunidad escolar y sus proyectos educativos. El espíritu de asociación es naturalmente creativo y es posible constatarlo después de tres siglos de actividad lasaliana. El mismo amplía los proyectos, asegura su éxito y da a las instituciones más amplios horizontes. La pluralidad de perspectivas, la diversidad de talentos, la suma de esfuerzos individuales, constituyen una garantía de pertinencia en el discernimiento de las necesidades y de perseverancia en la aplicación de las respuestas educativas.

El impulso de la fraternidad que anima a las personas es el que permite descubrir los buenos caminos para inventar respuestas. Es importante que esta fraternidad sea abierta, tolerante y cordial, pero también respetuosa, desinteresada y generosa. Una verdadera fraternidad trasciende y federa las diferencias y los particularismos, pues no excluye ni estigmatiza a nadie.

Así pues, Juan Bautista de La Salle tenía una elevada ambición para sus escuelas: contribuir a construir un mundo fraterno. Su experiencia cotidiana le mostraba que ese mundo no existía aún, pero él trabajó en ello obstinadamente, con los primeros Hermanos, durante 40 años.

Hermanos en humanidad, Hermanos en Jesucristo, los lasalianos y lasalianas del siglo XXI están llamados a ser mensajeros, ministros de la Fraternidad Universal.

AUTOR

Hermano Léon Lauraire:

* Nacido en 1931, ingresó en el Aspirantado de Vals, cerca del Puy, el 6 de noviembre de 1943. Como deseaba ir «a las misiones», hizo su Noviciado y Escolasticado «misionero» en Bordighera y Roma de 1948 a 1953.

* Llegó a Madagascar en septiembre de 1953 y enseñó Literatura francesa e Historia en la escuela secundaria hasta 1964, con un paréntesis para realizar el servicio militar y los estudios universitarios.

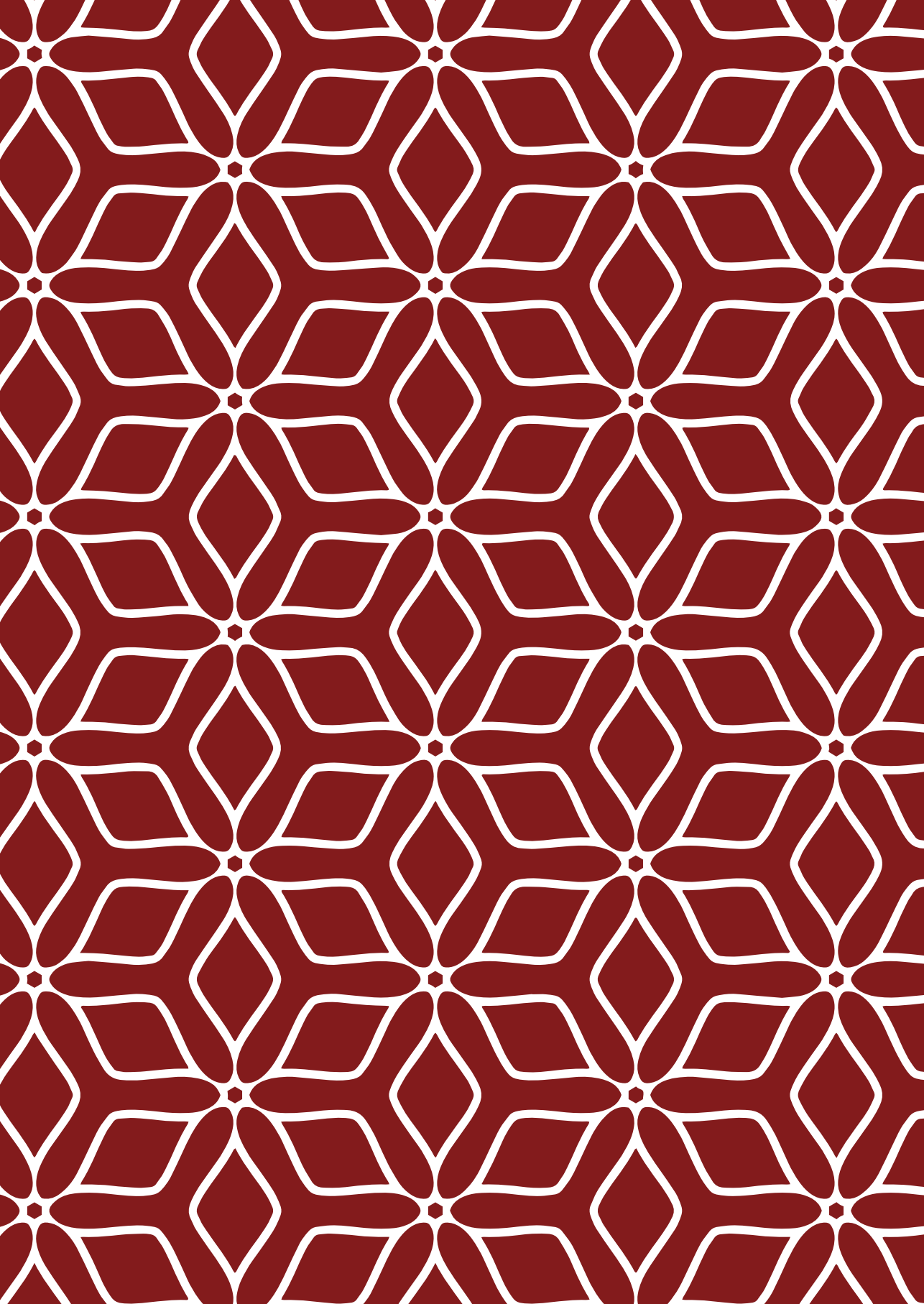
* Licenciado en Filosofía y también en Ciencias de la Educación, de 1970 a 1983 trabajó en el «Bureau Pédagogique des Frères» de París, luego en el «Bureau National de Coordination Pédagogique» de la Educación Católica y ocasionalmente en la Oficina Pedagógica de la Organización de Cooperación Franco-africana. Esto explica sus intervenciones en 22 países repartidos por los 5 Continentes.

* De 1983 a 2015 pasó tres periodos en Roma, primero en el Secretariado de Educación y luego en el área de Estudios Lasalianos, alternando con el Centro Lasaliano Francés. Este trabajo le llevó a publicar numerosos artículos en diversas revistas y cuatro Cahiers Lasalliens dedicados a la *Guía de las Escuelas*.

Contacto: leon.lauraire@wanadoo.fr

Índice

Introducción	3
A. La elección de la Fraternidad	5
A1. 1682: El acontecimiento fundador	6
A2. La ruptura necesaria	9
A3. Características de esta Fraternidad	13
B. Desarrollo de la Fraternidad	20
B1. Una relación educativa intensa	21
B2. Vivir los valores que dan sentido a la vida	29
B3. Para construir una sociedad fraterna	34
B4. Por lo tanto: “¡Que vuestra escuela funcione bien!”	40
C. Actualidad de la Fraternidad Lasaliana	50
C1. Perennidad del proyecto de fraternidad	51
C2. Testimonio personal	59
Índice	66





**Hermanos
De La Salle**



lasalleorg